LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
30 DE OCTUBRE DE 1998
AÑO 1 • NUMERO 29

Flexibilización y embarazo

DEJEN TRABAJAR A MAMÁ

MADRE HABIA UNA SOLA

POR LILA PASTORIZA

Para decenas de miles de mujeres en edad fértil, el buen momento para concretar un embarazo no llega nunca. La precarización laboral las deja a la intemperie. La licencia por maternidad no existe para las contratadas, algunas de las cuales pierden sus empleos incluso si sólo se casan. Las chicas ocultan su estado civil, ocultan sus embarazos y, en algunos casos, los interrumpen para no perder el empleo. Para el mercado, que las prefiere jóvenes pero no madres, el embarazo es un contratiempo que más vale evitar.

A los 23 años, Julieta se quedó en la calle. Trabajaba desde hacía tiempo en un café-bar-pizzería como moza y no le renovaron el contrato. Julieta estaba embarazada. Dos días antes del vencimiento del contrato que sus compañeras habían renovado sin problemas, ella supo que el suyo no tendría prórroga.

En la Argentina precarizada de estos días, amor, hijos y trabajo con frecuencia son incompatibles. Hasta parece natural. ("Pero... ¿cómo se te ocurre embarazarte?", le dijo su prima Roxana.) A la flexibilización se suma que aquí las mujeres resultan más afectadas laboralmente en la medida que la legislación protectora no se aplica al hombre (como ocurre en otros países, donde si la mujer no tiene trabajo o si lo decide la pareja, el marido puede hacer uso de ciertos beneficios en caso de nacimiento, enfermedad de los chicos, etc.). Es así que en las etapas de mayor fertilidad y potencialidad laboral, muchas mujeres deben elegir una u otra alternativa ante la coacción no ya del desempleo sino de la exclusión. Para millones de argentinas que integran los sectores empobrecidos, para quienes son el principal sostén del grupo familiar, la opción es de hierro: subsistir o tener hijos.

¿LICENCIA?

"La flexibilización laboral debutó entre nosotros en 1976, cuando la dictadura militar arrasó con un centenar de artículos de la Ley de Contrato de Trabajo. Pero el grueso de las medidas se tomaron a partir de 1991, al dictarse la Ley de Empleo (24.013) que supuso, junto con las leyes de 1995, la incorporación de una serie de modalidades contractuales precarias que convirtieron la estabilidad laboral en un recuerdo de tiempos remotos", señala el abogado laboralista Gustavo Siampa, docente de la UBA.

"La gran mayoría de estos *contratos flexibles a plazo fijo* privan a los trabajadores de todo derecho en materia de preaviso, despido, antigüedad, aportes previsionales, asignaciones familiares y otras medidas protectoras", señala el doctor Pedro Kesselman, de la Asociación de Abogados Laboralistas. Además, como carecen de mecanismos contra el fraude laboral que sí contiene la Ley de Contrato de Trabajo, permiten que éste reine por doquier: los *contratos basura* enmascaran el vínculo de trabajo que se da en la realidad tras la modalidad elegida (aprendizaje, primer empleo, pasantías, etc.) para eludir las normas protectoras. Lo único que proporcionan es la cobertura de una obra social.

Aunque muchos ya casi no se acuerden y otros jamás se hayan enterado, la abogada laboralista Nina Brugo lo subraya: "La Ley de Contato de Trabajo establece que las contrataciones a plazo fijo son **excepcionales:** sólo pueden celebrarse cuando satisfacen una necesidad transitoria estrictamente justificada (por ejemplo, cubrir la plaza de un empleado que se toma vacaciones) y fijan con puntualidad su plazo de vigencia".

Por el contrario, los *contratos basura* se utilizan para responder a requerimientos no transitorios sino permanentes (vendedores, carteros, mozas, empleadas de limpieza, administrativos, etc.). Y son baratos: se extinguen sin indemnización ni preaviso. La Ley de Contrato de Trabajo hoy no se aplica a los varios millones de mujeres y hombres regidos por contratos precarios o que trabajan en negro.

El día que Violeta constató su **estado** en la consulta médica, llegó al **trabajo**, fichó su entrada y, **contentísima**, celebró la noticia con sus compañeras. Una **hora** después, **antes** de que tuviera tiempo de notificar el embarazo, la empresa **emitía** el telegrama de despido **"sin causa"**.



IMAGE BANK

LAS NORMAS QUE VOS MATAIS

Desde 1995, cuando con el argumento de "fomento del empleo", la ley 24.465 autorizó la contratación por plazo fijo y precaria (sin derecho a indemnización) de **grupos especiales** –hombres mayores de 40 años, veteranos de Malvinas, discapacitados y **mujeres sin límite de edad**– cualquier mujer puede ser contratada precariamente. Como las mujeres se embarazan, paren y amamantan hijos, además de los derechos que pierden todos los trabajadores, ellas se quedan sin las disposiciones protectoras de la maternidad establecidas en la Ley de Contrato de Trabajo:

* El derecho a la **estabilidad laboral** que rige a partir de que la trabajadora notifique al empleador su embarazo. Despedirla sale muy caro. Si ocurre durante los siete meses y medio anteriores o posteriores al parto, la ley "presume", salvo prueba en contrario, que es por causa del embarazo: además de la indemnización correspondiente a antigüedad y despido se le deberá pagar una indemnización especial consistente en un año de salarios.
* La **licencia de 90 días** (repartible entre antes y después del parto) de la que goza la mujer embarazada, período en que recibirá una retribución igual a su salario normal. El cobro de la **asignación prenatal**, si no se le paga al marido.
* Los **descansos diarios** de media hora para alimentar a su hijo durante un año.
* El derecho a gozar del **período de excedencia** para atender a su hijo, que supone la licencia sin goce de sueldo por un lapso no menor de tres meses ni mayor de seis.
* El derecho a estabilidad laboral en caso de **matrimonio**. Si la trabajadora ha notificado "fehacientemente" su casamiento (por escrito) y el empleador la despide tres meses antes o seis meses después del matrimonio, le deberá pagar una indemnización especial.

Y AHORA QUÉ

En la mayoría de los casos, estas normas hoy no se aplican. Antes sólo quedaban afuera los desde siempre parias: los operarios de la construcción y las empleadas domésticas (unas 340.000 mujeres sólo en la Capital Federal y el conurbano), que están expresamente exceptuadas de la Ley de Contrato de Trabajo.

A partir de la flexibilización de hecho, no sólo las trabajadoras en negro y las regidas por los *contratos basura* están des-

Karina embarazada, cambio y fuera

Karina tiene 24 años. Trabajó desde el 1º de julio de 1996 en una empresa de venta de ropa deportiva con un contrato de aprendizaje de un año de duración, como vendedora. Con horarios rotativos, trabajaba hasta los sábados y domingos, totalizando 55 horas semanales. Vendía ropa, ayudaba a preparar la vidriera y a mantener el local. Ganaba alrededor de 550 pesos –"compensación", consignaban los recibos–, no cobraba asignaciones sociales ni se le descontaba para Previsión Social. Le "regalaron" una semana de vacaciones en febrero del '97. Dos meses después comunica verbalmente su estado de embarazo y luego, ante la solicitud de la empresa, entrega un certificado médico donde consta su embarazo de 8 semanas. En los primeros días de julio, cuando se casa, la empresa "le regala" 10 días de licencia. Al reintegrarse, con casi cinco meses de embarazo, se la "invita" a renunciar a los efectos de liquidarle sus haberes, dado que el contrato se extingue al día siguiente. Le dictan el texto y lo firma. Casi 20 días después envía a la empresa una carta documento intimándola a que se la reintegre al lugar de trabajo por entender que considerar extinguido el contrato es producto de un fraude laboral. Sostiene que su obligada renuncia encubre un despido por causa de embarazo. La empresa rechaza la carta.

El "caso Karina" se presentó en el Tribunal Etico por los Derechos de las Mujeres que se efectuó en Buenos Aires los días 1º y 2 de junio pasado. La defensa fue ejercida por la Dra. Nina Brugo (quien sostuvo que el contrato no era en realidad de aprendizaje y que el despido fue por embarazo), la acusación fiscal estuvo a cargo del doctor Roberto G. Vinogradvsky (argumentó que el contrato en cuestión no violaba derecho alguno), y el doctor Pedro Kesselman que ofició como juez, sentenció que Karina, como cualquier mujer embarazada, debía ser protegida, más allá de la forma de contratación.

MADRE HABIA UNA SOLA



protegidas. Muchas mujeres que trabajan en relación de dependencia y teóricamente son amparadas por la Ley de Contrato de Trabajo padecen igual situación, en particular, en numerosas empresas privadas medianas y pequeñas. Las trabajadoras regidas por los contratos flexibles son víctimas del fraude laboral. ¿Es muy caro despedir a una mujer embarazada? No se la despide: el contrato "se extingue" y no hay prórroga ni renovación...

Las modalidades de contratación flexibles están en expansión. En numerosas escuelas privadas están contratando maestras desde marzo a diciembre (ahorrándose aguinaldo y vacaciones). Si no hay problemas –léase casamiento, embarazo, hijo enfermo, etc.– se las vuelve a recontratar al año siguiente.

En cuanto a las trabajadoras que están en relación de dependencia, no siempre se salvan de la creciente desprotección. El fantasma de la desocupación planea sobre ellas, a muchas de las cuales se les niegan los beneficios que en materia de embarazo prevé la ley. "Si no te gusta, te vas. Y hacé juicio. ¿Sabés cuándo vas a ver un peso?", suelen escuchar. ¿Pedir licencia para cuidar al hijo enfermo? Ni soñarlo. ¿Tener otro chico? Ni locas.

LA FUERZA DE LAS COSAS

"Hay que tener en cuenta cómo opera el peso de la realidad –enfatiza el abogado Siampa–. Sin estabilidad en el empleo nadie tiene la libertad para decidir. Tanto en los juicios por despido de trabajadoras regidas por contratos flexibles como en los de quienes trabajan en relación de dependencia, la empleada termina haciendo un arreglo para recibir algún dinero inmediatamente, porque no puede esperar cuatro o cinco años para cobrar." Algunos ejemplos reales:

* Violeta trabajaba como empleada administrativa de cierto rango en la subsidiaria de una empresa telefónica, con unos cinco años de antigüedad. Desde hace tiempo intentaba inútilmente quedar embarazada. Finalmente lo logró. El día que constató su estado en la consulta médica, llegó al trabajo, fichó su entrada y, contentísima, celebró la noticia con sus compañeras. Una hora después, antes de que Violeta tuviera tiempo de notificar el embarazo, la empresa emitía el telegrama de despido "sin causa". Como ni siquiera llegó a notificar el embarazo, el empleador se negó a pagarle la indemnización especial que le correspondía. "La empleada no lo denunció...", argumentaron. Violeta fue a juicio y finalmente acordó un arreglo en el que recibió parte de la indemnización.

* Luciana era secretaria del gerente en una empresa mediana. El día que el médico le dio el certificado constatando el embarazo, la chica, feliz, se lo mostró a su jefe y le pidió que lo firmara. Días después, al difundirse en la empresa que estaba embarazada y antes de que ella hiciera una notificación formal, la despidieron. Negaron que la causa fuera el embarazo y que correspondiera la indemnización especial. Como la trabajadora tenía en su poder el certificado firmado por el gerente, lo presentó en el juicio y pudo obtener un arreglo más favorable.

LA GRAN BASURA

En los últimos años, una de las modalidades más usadas para contratar precariamente a mujeres fue el llamado período de prueba, anteriormente prohibido, que legitimó la Ley 24.465. Con el argumento de que el empleador pudiese evaluar la idoneidad del candidato, se autorizaron contratos de tres meses –ampliables a seis–, lapso durante el cual no hay derecho a indemnización. Por supuesto, a la manera de las modalidades flexibles, no se prevé qué sucede si la trabajadora queda embarazada durante o al fin del período. Y las empresas actúan en consecuencia.

"Una licenciada en Relaciones del Trabajo –relata Siempa– entró a trabajar en una empresa por período de prueba. Ya tenía pensado casarse. A los 20 días del ingreso le preguntó a su jefa si casarse le podía crear algún problema, y como ésta le dio a entender que lo problemático era la licencia, la empleada le dijo que no la tomaría. Reservó fecha para contraer matrimonio y tuvo la precaución de enviar una carta documento a la empresa comunicándole la reserva efectuada. Al día siguiente le envían el telegrama de despido sin causa. No le pagaron un peso."

El abogado explica que se pidió la indemnización especial por matrimonio, que es un bien protegido jurídicamente. "Estos contratos no prevén qué pasa si la trabajadora se casa. Y entonces, mientras se dice que el período de prueba es para evaluar idoneidad laboral, se aplica el despido libre, despidiendo a la trabajadora no por falta de idoneidad sino porque decidió casarse. Lo mismo ocurre con el embarazo."

SALIÓ LA NUEVA LEY

¿Cuál es la situación a partir de la reciente y aprobación por el Congreso nacional de la Ley 25.013? Se derogan hacia el futuro los *contratos basura* (los que están en práctica continúan hasta su extinción) menos dos modalidades: los contratos de aprendizaje (de seis meses hasta 24) y las pasantías (hasta 4 años). El período de prueba es reducido a 30 días, pero el convenio colectivo puede ampliarlo a seis meses. En cuanto a las indemnizaciones, su reducción es más que considerable y, en especial para los primeros dos años de trabajo. "Con esta ley se *basurizaron* todas las contrataciones", afirma Siampa.

Decenas de miles de mujeres contratadas de modo flexible no tendrán empleo si se embarazan: cajeras de supermercados, mozas, vendedoras que trabajan de lunes a lunes en los shoppings, chicas que limpian oficinas y hoteles, maestras, empleadas administrativas, etcétera. La flexibilización laboral no deja nada en pie. Menos aun a las mujeres, en especial las de hogares pobres –viejos o nuevos– y las de sectores medios en caída libre. Si el "flexibilizado" es el marido, las consecuencias las paga todo el grupo familiar en términos de inestabilidad y salud mental en franco deterioro. Las mujeres de estos sectores pocas veces pueden detenerse a elegir condiciones de trabajo: agarran lo que sea, en negro, por horas, peor pago, casi gratis, con o sin contrato, a comisión... Y son, obviamente, las más vulnerables.

Chicas del servicio doméstico, mujeres pobres y clasemedieras con contratos precarios, trabajadoras autónomas a la fuerza y hasta profesionales otrora con pretensiones viven angustiadas por el fantasma de no tener recursos para mantener un hijo, por no poder faltar un día al trabajo si está enfermo, por no contar con la licencia por maternidad (sea o no paga), por la imposibilidad de casarse, por el "riesgo" de quedar embarazadas. Mienten en las entrevistas laborales, ocultan su estado civil o su calidad de madres en los empleos que obtienen, evitan el embarazo y, en muchos casos, recurren al aborto clandestino.

Varias abogadas laboralistas consultadas por *Las/12* coincidieron en que la flexibilización va de la mano con el aumento del número de abortos. "Obviamente no hay cifras, pero es un secreto a voces. Las chicas, antes de perder el empleo, recurren cada vez más al aborto", manifestó una de las entrevistadas. Esto ocurre mientras de la boca para afuera se sacraliza la maternidad, y en un país donde un tribunal superior de Justicia convalida que la médica de un hospital público denuncie a una paciente por haber abortado•

FOTO DE TAPA: IMAGE BANK

POLITICA



UNA PESADILLA PARA EL GENERAL PINOCHET

POR TUNUNA MERCADO

Hay una luz muy fuerte y deslumbrante que nada ni nadie puede vedar a los ojos, y una música de mucho deleite que nada ni nadie puede tapar con ruidos horribles y destemplados, y se podría seguir en esta enumeración de los placeres de otros sentidos como el tacto, el gusto y el olfato, y de la consecuente imposibilidad de que nada ni nadie pueda someterlos o ahogarlos. Y, para coronar lo que los sentidos tienen de fuero inexpugnable, habría que decir que el máximo regocijo es poder atesorar todo lo que ciertas infamias no pueden ni pudieron dañar y corromper y, fundamentalmente, conservar la energía y el deseo para rechazar al infame y destruirlo. Quienes todos estos años estuvieron atesorando esos placeres que ninguna dictadura pudo empañar aunque el dictador se empeñara en ocluirlos con la mordaza, la tortura y la muerte, ahora en su humanidad sólo tienen espacio para una exaltación de los sentidos que se desparrama por todo el cuerpo. Es una pura sensación de alivio que no se deja definir pero que expande el plexo y lo retrae, comienzo y recomienzo, una y otra vez, en una producción sin término, libidinal trabajo de la recompensa.

La destrucción de Pinochet ha comenzado, y es bueno poder sentir cómo avanza en su noche de Londres, minando sus defensas, poniendo en peligro su sueño y trayendo en su lugar a la pesadilla, la misma que él metió en la vida de tantos y que ahora sólo viene a desovar en él. La palabra desovar me lleva a la idea de un pájaro que ha venido a traicionarlo: ¿un cóndor que planea con las garras abiertas? Un Cóndor que Plan era. Rodea su cama, llega hasta su cabecera, es una manera de ser de la muerte, una forma que adopta en la escena del capítulo "En la clínica", pero que podría ser otra alimaña de las que suelen merodear nocturnas, o un desollado que implora; las asociaciones siguen, como si la imagen proliferara en un terror irradiante y hubiera que detenerla para sostener fríamente la noción que empieza a configurarse: paradójicamente, esa destrucción del general, a medida que prosigue indetenible, va reparando vastas zonas dañadas en la memoria de otros, sobrevivientes, víctimas, como si al avanzar su obra en ese cuerpo uniformado y vitalicio al mismo tiempo recompusiera las zonas vitales mantenidas en reserva de quienes ahora se regocijan y brindan. Y no aparece la noción pobre de venganza, sino la otra, la que trueca vindicación por desquite, una especie de triunfo noble sobre la muerte, la que él perpetró sobre sus víctimas, la que él inoculó en los sueños de miles de chilenos y latinoamericanos y de otros ciudadanos del mundo que ahora un juez español defiende enalteciendo la justicia.

El que se destruye en Londres tiene sus momios fieles que lo rodean, una militeratada clerical (como solía decirse para hablar del franquismo) que ha sido molestada en sus pedestales y que todavía cree poder desenfundar. Hay también una segunda fila que lo desenfundaría por desarmada; que razona, sopesa, baila en el fiel y esgrime argumentaciones jurídicas para oponerse a la extradición, el juicio y la condena de un reo que de común tiene la capacidad de matar y de excepcional la porosidad para absorber y cooptar a los buenos razonadores de la ciencia jurídica que vende, cambiada, la estatutaria democrática o institucional. Este círculo de probos y equilibrados se permite decir, con sonrisa complaciente, que no pueden no alegrarse con que el dictador esté preso, pero... no comparte los regocijos ni los brindis, y alerta acerca del peligro de que en el apoyo al juez Baltasar Garzón se esté privilegiando el sentimiento porsobre la razón. Una cosa es la subjetividad, dicen, y otra la política, y otra la Ley, y otra la Economía, situados esos probos y equilibrados en un estrado desde donde se divide y se atomiza a la sociedad y a los sujetos sin ningún reparo, ignorantes estos administradores de la opinión de que eso que llaman lo subjetivo, las emociones, los sentimientos, los placeres de dañar al maligno o de descomponer la treta del canalla es lo político por antonomasia, lo político que permite tomar aire, exhalarlo y recuperarlo, lo político que aligera la sangre y volatiliza el humor, y que pasa a ser ético-político cuando se expande en un cuerpo y en una conciencia –la de un juez, la de una justicia– y se desborda sobrelos dañados para redimirlos. Y no hay por qué temerle a estas palabras, que no son predominio de religiones ni de creencias: reparación, redención, aleluya, júbilo.

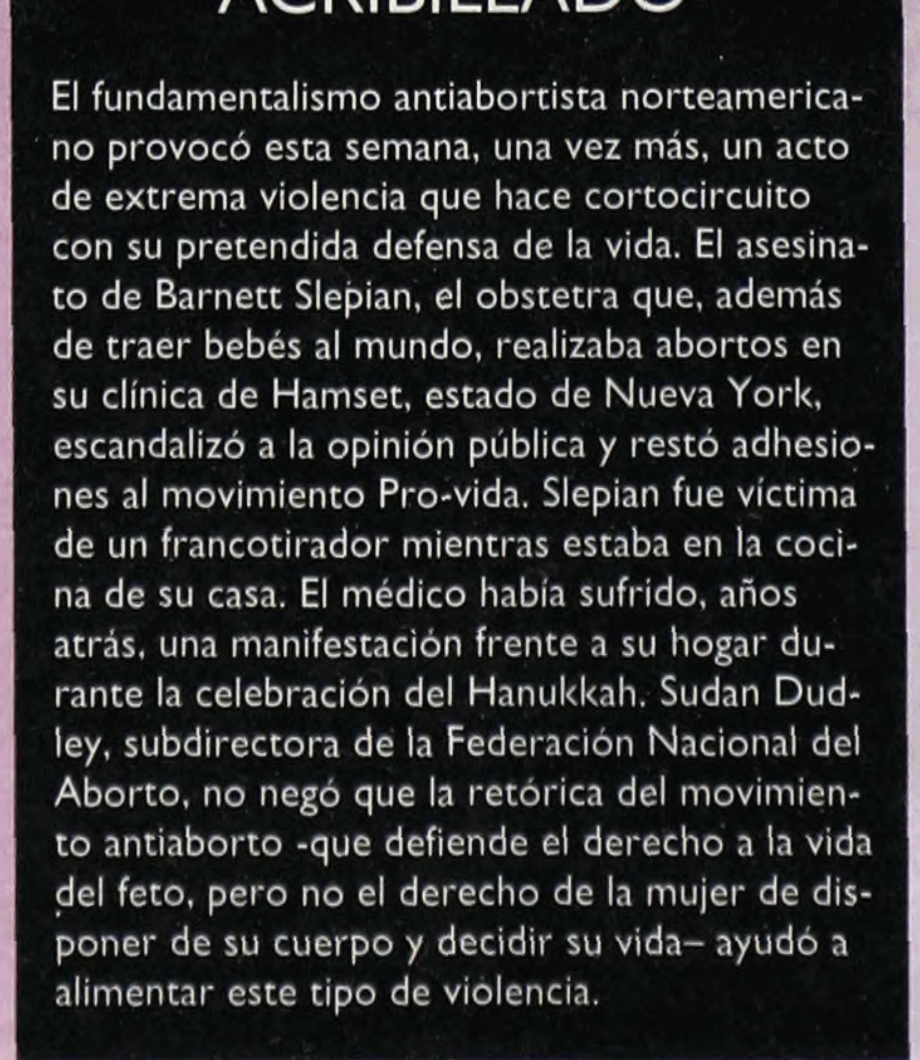
Pinochet ya tuvo su disgusto y su colapso; ya llenó sus urinales, carraspeó en sus respiradores, nubló su mirada y aunque estuviera aislado y sordo como una tapia habrá oído los cantos y gritos de las mujeres que piden que purgue sus crímenes en la cárcel, y sobre todo esas voces chilenas que se escanden en breves síncopas enfáticas, esos llantos que son de reír y llorar juntos, esa buena rabia susurrada en el modo chileno, cuando la frase se corta y vuelve inaudible en los finales. Su pesadilla no ha terminado aun cuando por el peso de los contemporizadores humanitarios componedores él pudiera volver a Chile, ya nunca va a ser lo mismo. En su noche las zozobras habrán apartado los edredones que lo protegen y en la pesadilla que hemos elegido para él habrá visto cómo se erige el espacio de una cárcel y cómo se distribuye su arreglo; una yacija, un colchón en el suelo, o ninguna de las dos cosas y sólo el suelo frío; las necesidades en el rincón, las vendas que privan de ver con el rabillo pero que crean la arguciа de ver desde el borde de la nariz, el olor rezumante de la sangre electrizada, los borbotones de la inmersión de la cabeza en un cubo, las ortopedia para los toques eléctricos, la violación. Y la peor parte de la pesadilla que habrá visto es este placer que nos redime•

RAMOS GENERALES

BRUJAS EN SUDÁFRICA



Hace poco más de dos años, Violet Dangale debió dejar atrás las comodidades de su hogar y enfilar hacia una aldea lejana con protección policial para salvar su vida: vecinos y parientes, acusándola de enriquecerse, brujería mediante, con el trabajo de muertos vivos -resucitados por magia negra– la expulsaron de su casa. Francina Sebatsana y Desía Mamafa fueron denunciadas por brujas, lo que justificó su muerte en la hoguera. Tan escalofriantes relatos provienen de Sudáfrica, un país en el que los anacronismos inhumanos parecen gozar de excelente salud. De acuerdo con datos publicados por un diario de ese país, desde 1990 se denunciaron más de 2000 casos de violencia relacionados con brujería -entre los que figuran 577 asesinatos–, y en noviembre se juzgará por homicidio a 11 hombres de entre 21 y 50 años.



MÉDICO ACRIBILLADO

El fundamentalismo antiabortista norteamericano provocó esta semana, una vez más, un acto de extrema violencia que hace cortocircuito con su pretendida defensa de la vida. El asesinato de Barnett Slepian, el obstetra que, además de traer bebés al mundo, realizaba abortos en su clínica de Hamset, estado de Nueva York, escandalizó a la opinión pública y restó adhesiones al movimiento Pro-vida. Slepian fue víctima de un francotirador mientras estaba en la cocina de su casa. El médico había sufrido, años atrás, una manifestación frente a su hogar durante la celebración del Hanukkah. Sudan Dudley, subdirectora de la Federación Nacional del Aborto, no negó que la retórica del movimiento antiaborto -que defiende el derecho a la vida del feto, pero no el derecho de la mujer de disponer de su cuerpo y decidir su vida– ayudó a alimentar este tipo de violencia.

EL AYUNO de Silvia



Hace ya diez días que Silvia Villavicencio adoptó el ayuno para pedir que la Justicia acelere la investigación por el robo de su hija Edith, la beba –por entonces de un mes de vida– que una mujer le secuestró en la puerta de la maternidad Sardá. Carteles que reclaman justicia –"Todas por Edith", "Pedimos que busquen a Edith", "Mamita que nos devuelvan a Edith"-, un pequeño altar y la compañía permanente de su compañero Pascual Pérez, amigos y sacerdotes –que la asisten a la hora de lidiar con las burocracias judiciales– conforman el campamento improvisado desde el que los 23 años de Silvia enfrentan diariamente el Palacio de Justicia en espera de una contestación a su caso. Boliviana, inmigrante indocumentada y madre primeriza, la vigilia de esta habitante de la Villa N° 20 de Lugano sigue.

LIBRERIA

De parto



María del Carmen Brion, investigadora feminista, se especializa desde hace décadas en salud reproductiva. El origen de su interés fueron sus propios partos. Analizarlos, repasarlos, preguntarse si no podían haber sido mejores, más justos. Luego comenzó a entrevistar a decenas de mujeres y a ahondar en partos ajenos. En 1988 radicó una denuncia penal por la práctica indiscriminada de cesáreas en la Argentina, lo que hizo que por primera vez la Justicia fijara sus ojos en el modo en el que las mujeres dan a luz. En este libro, *El parto de la hembra humana* (Editorial Biblos), Brion hace un repaso exhaustivo sobre la temática que la ocupa. Las prácticas de quirófano, la cesárea, el goteo, la anestesia peridural, la manera en la que las mujeres son tratadas en el momento del alumbramiento, todo eso recorre Brion.

EL CAMAFEO

El barco de Cleopatra



Cleo cleo patra, la reina del Nilo, no fue la reina del twist pero tuvo su barco privado, que esta semana fue aparentemente hallado por el explorador submarino francés Frank Goddio cerca del moderno puerto de Alejandría. El historiador Plutarco describió la embarcación en la que se paseaba la reina egipcia como una barcaza llena de oro, con velas púrpuras y remos de plata. En lugar de marineros, llevaba doncellas perfumadísimas. La ciudad real y la embarcación desaparecieron después de una gran marejada en el año 335. Ahora, con Goddio al mando, un equipo de investigadores de varios países, que se valió de satélites, radares y dragas de alta potencia –la expedición fue financiada por la Fundación Hilti, con sede en Lichtenstein–, esa embarcación fue hallada, y sus detalles revelados en un libro, *Alejandría: la morada real sumergida.*

SEÑORAS Y SEÑORAS

La fe de Miss Croacia



Los ojos negros de Leila Sehovic todavía están llorando las amargas lágrimas que le provocó el despertar de la intolerancia croata ante su origen bosnio-musulmán. Leila había sido consagrada Miss Croacia, pero cinco días después de iniciado su reinado el organizador del concurso alegó un mal recuento de votos y anuló el resultado que la consagraba. Tras esto, se repitió el proceso, sólo que esta vez el jurado proclamó que los 19 católicos años de Ivana Petkovic, primera dama de Leila, representarían mejor a la belleza local. La reina desairada, entre sollozo y sollozo, ya recibió el apoyo de Vanessa Redgrave e Ivan Zvonimir Cicak –un intelectual católico croata–, que exigen que el caso llegue a la Justicia.



LA GRAN Lulú

Mía Maestro es Lulú en la obra de Wedekind que el director Alberto Félix Alberto montó en el Teatro San Martín. Desde el film de G. W. Pabst con Louise Brooks, Lulú se convirtió en un arquetipo femenino. Intensa, arrasadora, Lulú empuja a quienes la rodean a enfrentarse a lo que desean.

POR MOIRA SOTO

Otras sueñan con hacer Ofelia o Julieta pero ella –desde que leyó la pieza de Frank Wedekind a los 17– prefería a Lulú ("Que de todos modos tiene de Ofelia más de lo que suele pensar..."). Y Lulú se le dio a los 23, en los comienzos de una carrera altamente prometedora –fue la protagonista del film *Tango,* de Carlos Saura, en su doble condición de actriz y bailarina– que ella, Mía Maestro, maneja con suma rigurosidad según sus propias exigencias. Desprovista de la característica bulimia laboral que a menudo provoca el éxito en figuras del espectáculo, la joven intérprete se ha permitido rechazar ofertas tentadoras de cine y TV. Ahora, toda su energía está concentrada en Lulú, un papel que no le cayó del cielo aunque ella lo pueda considerar un regalo de los dioses: para atrapar el idolatrado personaje de Wedekind, Mía se presentó a un casting en tres etapas: "Cuando me enteré el año pasado de que Alberto Félix Alberto iba a poner en escena *Lulú,* no pensé en otra cosa. Además de haber leído la obra, conocía la ópera de Alban Berg y desde luego había visto la película de Pabst. Y por supuesto, me interesaba trabajar con Alberto, un director con una estética, un mundo propios, de quien había admirado *Tango varsoviano, En los zaguanes ángeles muertos, La pasajera...* Era un sueño muy grande que finalmente se cumplió".

Doscientas actrices deseosas de meterse en la piel del mítico personaje se presentaron al casting. Entre ellas, esta chica atípica, fotogénica, muy determinada y de formación integral, que había preparado –sagazmente– un par de canciones de Kurt Weill y un pequeño monólogo de la segunda parte de Lulú, *La caja de Pandora.* Ahora que ya es Lulú sobre el escenario de la sala Martín Coronado del San Martín, Mía reconoce que en parte se ganó el personaje porque se jugó plenamente por él, "y un director como Alberto sabe cuándo una actriz muere por hacer un papel en forma incondicional... Fue muy emocionante cuando me llamó por teléfono y me dijo: me decidí por vos. Después de la película de Saura estaba un poco inquieta acerca de la continuidad de mi carrera. Y esto es algo de lujo y al mismo tiempo una enorme responsabilidad. Había hecho un papel chico en *Trilogía del veraneo,* también en el San Martín, pero éste es mi primer protagónico absoluto".

PRESENTE GRIEGO

Para esta puesta de *Lulú,* el director Alberto Félix Alberto retoma a la fuente, a *Lulú, una tragedia de monstruos.* Esta pieza censurada del autor de *Despertar de primavera* fue entonces reescrita y dividida en *El espíritu de la tierra* y *La caja de Pandora,* título éste que toma G.W. Pabst para su célebre film con Louise Brooks (aunque el guión también se nutrió de *El espíritu...*).

Al mito hesiódico de Pandora le debemos innumerables creaciones artísticas teñidas de diversos grados de misoginia, entre ellas la mujer fatal del cine negro. Pandora, para la mitología griega, fue –ni más ni menos– la primera mujer, creada por Efesto (dios del fuego) y Atenea, por mandato del mismísimo Zeus y con una ayudita de todos los dioses que le aportaron diversas cualidades, desde la belleza hasta el don de la persuasión. Lo que se dice una vaquita olímpica a la que Hermes (ningún santito, por cierto) contribuyó con la mentira y la traición. Pandora, moldeada en barro a semejanza de las diosas inmortales, resultó el regalito de Zeus a los hombres como castigo por aquel gesto de Prometeo de darles el fuego divino. No por azar, la bella y encantadora Pandora fue enviada sin escalas a Epitemeo, de la estirpe de los Titanes y hermano del propio Prometeo, quien le había prohibido aceptar ningún souvenir del dios de dioses. Pero la carne de titán es débil y Epi no pudo resistir el atractivo de esta antecesora de Eva, y la convirtió en su esposa. Claro, la dama venía con una vasija que contenía todos los males, convenientemente tapada. Curiosa como una gata, Pandora la abrió y las desgracias se esparcieron instantáneamente sobre la Tierra. Ahora bien, la pregunta del millón de dracmas es ¿qué habría sido de Pandora y su vasija si el enamoradizo Epi hubiese rechazado el presente de Zeus? Porque finalmente esta primera mujer mitológica no es más que un mero instrumento de venganza concebido por un superdios al que un simple dios le confirió cualidades de mujer fatal.

LA MARCA DE LOUISE BROOKS

En verdad, el famosísimo peinado de la Lulú de Pabst, imitado hasta el hartazgo por otros directores para personajes cinematográficos con alguna afinidad (Melanie Griffith en *Totalmente salvaje*, Uma Thurman en *Pulp Fiction*...) y también teatrales (recientemente Leticia Brédice lució peluca oscura con flequillo para el rol de la Hijastra en *Seis personajes en busca de un autor*), no fue una creación del gran cineasta. Más bien todo lo contrario: la actriz norteamericana Louise Brooks usaba ese corte de pelo por lo menos desde los quince, y cuando Pabst la convocó –con un olfato extraordinario, hay que decirlo– intentó cambiarle ese look tan de los años 20. Pero las pruebas no lo conformaron y la hermosa cara de magnéticos ojos oscuros quedó enmarcada por ese casco negro que, entre tantos, inspiró al italiano Guido Crepax para el diseño de su maravillosa *Valentina*. Ciertamente, Louise Brooks era mucho más que una cara bonita o un cuerpo grácil: audaz, independiente, en desacuerdo con el sometimiento que regía sobre los actores en Hollywood, lectora apasionada, con estudios de danza, la protagonista de Lulú abandonó tempranamente su carrera en los Estados Unidos ante la imposibilidad de conseguir papeles de calidad.

La actual Lulú argentina parece guardar algunos puntos de contacto con la legendaria actriz y, a la vez, en zonas más secretas, cierta semejanza con el personaje creado por el genial Wedekind, un autor que supo batirse contra la hipocresía burguesa y en consecuencia contra la censura. El dramaturgo alemán, que además de ejercer otros oficios como el periodismo, trabajó como intérprete junto a su mujer Tilly, escribió *Lulú, una tragedia de monstruos*, la obra original (antes de la división mencionada), que fue redescubierta en 1988 y ahora recuperada por Alberto Félix Alberto. El director sostiene que a cien años, la pieza "sigue siendo revolucionaria en el sentido de que los prejuicios de entonces siguen vigentes en la actualidad". Del ambiguo personaje de Lulú, definido muchas veces como ser demoníaco, como narcisista intoxicada por su propia belleza que destruye lo que toca con su poder erótico, dice Alberto: "Lulú desencadena las pasiones, ella quiere vivir intensamente. El aspecto más interesante de Lulú es que desnuda a los personajes que se vinculan con ella, sobre todo a los del género masculino. Aunque no haya sido ésa la intención de Wedekind, Lulú resulta una obra feminista".

Mía Maestro no disimula su fascinación por esta pieza "bella y poética, primer atisbo del teatro impresionista, trágica y cómica a la vez. Lulú es Pandora, es Eva, es Lilith. Lulú no puede asimilarse a la sociedad, que termina devorándola. No es el autor que la castiga, es el capitalismo que se la morfa porque ella no va a entrar nunca realmente dentro del sistema". La actriz defiende la pureza esencial de "un personaje sin filtros, que no planifica, fluye, deviene, es víctima de esos hombres a los que atrae como un imán. Creo que la pieza no es para nada misógina, aunque sí puede serlo la mirada de mucha gente que tiene incorporado el prejuicio. Fijate que al final, cuando ella se prostituye y Jack el Destripador la acuchilla, le arranca el útero, como si fuera la misma caja de Pandora. Le quita esa posibilidad de creación y la deja desangrarse. Creo que es una escena totalmente reivindicadora"


MÍA MAESTRO Y JORGE PETRAGLIA EN LA OBRA DEL SAN MARTIN.

Como columnista, editora y productora de modas de *Harper's Bazaar* y *Vogue*, Diana Vreeland marcó durante décadas el estilo glamoroso norteamericano. Descubrió estrellas como Lauren Bacall e intimó con gente como Dalí, Nijinsky o Capote. Freak del lujo, lo tomaba con pinzas irónicas y desde su columna sugería ridiculeces que otros tomaban en serio.



POR VICTORIA LESCANO

¿Por qué no enjuaga el pelo de sus hijos con champaña para mantenerlo tan rubio como los franceses? ¿Por qué no saca a pasear el perro con un collar de brillantes amarillos? Si su abrigo de armiño está raído, úselo como salida de baño. Corría 1937 y esas desopilantes propuestas para matizar la vida doméstica eran disparadas cada mes por Diana Vreeland desde las páginas de *Harper's Bazaar.*

Casada con un banquero inglés y dueña de una vida glamorosa transcurrida entre Londres y Nueva York, las escribía a mano desde su escritorio de la Quinta Avenida rodeada de pisapapeles con forma de peces dorados, floreros con narcisos y atomizadores con perfume Guerlain argumentando: "¿Acaso alguien alguna vez redactó una gran carta de amor o una nota de suicidio usando una máquina de escribir?".

Carmel Snow, alma mater de ese manual de estilo de vida norteamericano llamado *Harper's*, se había deslumbrado al conocerla en una fiesta vestida con un sarong de terciopelo violeta, zapatillas de raso blancas y su característico maquillaje con reminiscencias del teatro kabuki. La columna de Vreeland *"Why don't you?"* funcionó como plataforma de lanzamiento de su visión vanguardista sobre la indumentaria femenina y aunque al principio fue criticada en un contexto de depresión económica y prejuicios estéticos, no tardó en transformarse en lectura obligada de la época.

Cautivó hasta al magnate periodístico William Randolph Hearst, quien la llamó para confesarle el fanatismo por sus consejos, y en cuestión de un año ascendió a editora de moda. Desde ese rol, a lo largo de cuatro décadas estimuló a diseñadores de alta costura y prêt-à-porter vinculándolos con mecenas, plasmó las producciones de moda más fantasiosas con modelos de carácter posando entre elefantes o camellos y captadas por eminencias de la fotografía como Maria Louise Dahl, Richard Avedon o David Bailey.

MEJILLAS CARMÍN

Hija de una americana y un inglés que veraneaban en Venecia y Deauville y tenían entre su círculo de amigos a personajes excéntricos como Diaghilev, Nijinsky, Ida Rubinstein y los bailarines Vernon e Irene Castle, tal vez para vengarse del estigma de patito feo que la acompañó en los primeros años de su vida, Diana se inventó como un mujer elegante.

Sus principales artilugios fueron el pelo teñido de negro azabache (cuentan que le ponía agua de colonia para que secara más rápido), acumulaciones de colorete desde las mejillas hasta los lóbulos de las orejas y labios eternamente rojos.

La modernidad no se limitó a la apariencia: también se extendió a un modo de hablar que combinaba el argot de los clubs nocturnos de la Quinta Avenida y reductos de dudosa reputación de Times Square con expresiones dignas de los más selectos salones literarios. Fumaba dos paquetes de cigarrillos por día y veneraba el vodka tanto como el té inglés. Para el día recurría a básicos como calzas y poleras negras y una redecilla, reservando para su agitada agenda nocturna los trajes de sus adorados Yves Saint Laurent, Madame Grès y Hubert de Givenchy, a los que acompañaba de joyas descomunales y tantas pulseras que al pasar sonaba como un carromato. Se hacía los zapatos a medida, su favorito era el francés Roger Vivier, y solía pasar hasta dos horas de pruebas en su atelier.

En su obra maestra *El espejo de la moda*, el fotógrafo y vestuarista Cecil Beaton aporta una desopilante descripción de su figura: "Con la pelvis proyectada atrevidamente hacia adelante en un grado que produce asombro, y con el torso doblándose hacia atrás en un ángulo de 45 grados, Mrs. Vreeland invita a la comparación de una dama medieval y, en efecto, necesita sólo el alto cucurucho sobre la cabeza con su velo pendiente. Puede ser que se matriculara en aquella era del Gran Gatsby cuando las mujeres querían que sus cuerpos se parecieran lo más posible a los espárragos hervidos adoptando la forma de cualquier sofá en que pudieran sentarse".

HACIENDO ESTRELLAS

Las extravagancias de su entorno fueron reflejadas en *Funny Face*, la película de Stanley Donen de 1957 con Fred Astaire en el rol del fotógrafo Richard Avedon, Kay Thompson satirizando a Vreeland y Audrey Hepburn en la piel de Dovima, la modelo mejor paga de los años 50 (además de una codiciada cintura de avispa tuvo una personalidad alocada que la llevaba a usar los bidets de hoteles de lujo como floreros y trasladarse con baúles llenos de comics aun por los rincones más remotos del planeta).

"Su obsesión no tenía límites. Podían ser las tres de la mañana, con las modelos llorando de cansancio, que nada la detenía" contó la fotógrafa Louise Dahl Wolfe, una de sus principales colaboradoras. Juntas tomaron las fotos de Lauren Bacall posando en ropa interior en la bañera de Helena Rubinstein que desde las páginas de *Harper's* le valieron a la futura señora Bogart los llamados de los productores David Selznick y Howard Hawks que desembocaron en el comienzo de su carrera cinematográfica.

Pero la amistad entre esa dupla creativa llegó a su fin cuando Vreeland decidió cortar milímetros de una foto que Dahl Wolfe consideraba una de sus mejores tomas.

Algunas de las **frases** de Vreeland más festejadas fueron: "El divorcio es tan glorioso como el caviar", "La mayor de las **vulgaridades** es cualquier **imitación de la juventud** y de la **belleza**" o "Todo el mundo sabe que la **armada británica** entera usa **ropa interior** de **seda**".

La lupa cazatalentos de esta freak del lujo se siguió agudizando cuando en los 60 se cruzó a las trincheras de la revista *Vogue*. Allí contrató a bellezas exóticas como Marisa Berenson, nieta de la diseñadora surrealista Elsa Schiaparelli, que comenzó su carrera a los dieciséis años y de inmediato devino en musa del hippismo. Otro de sus hallazgos fue Penelope Tree, hija de Marietta Peabody, la primera mujer delegada en la Naciones Unidas y un industrial que llenaba la mansión familiar con sus amigos Black Panters y monjes tibetanos. A la italiana Benedetta Barzini le enseñó a sacar provecho de su aire mediterráneo arcaico al punto que causaba sensación en las fiestas de Truman Capote y Salvador Dalí ideó un simulacro de boda con ella –con pastel incluido– estimulado por su parecido con Gala. Y a la heroína pop Cher la apartó de los golpes de Sonny Bono para llevarla a la portada de *Vogue*.

En la redacción de esa biblia para adoradores de la moda, reunidos en un despacho pintado de rojo sangre, periodistas y productoras registraban en



TENDENCIAS

LA GURU DEL Estilo



Como columnista, editora y productora de modas de *Harper's Bazaar* y *Vogue*, Diana Vreeland marcó durante décadas el estilo glamoroso norteamericano. Descubrió estrellas como Lauren Bacall e intimó con gente como Dalí, Nijinsky o Capote. Freak del lujo, lo tomaba con pinzas irónicas y desde su columna sugería ridiculeces que otros tomaban en serio.

POR VICTORIA LESCANO

¿Por qué no enjuaga el pelo de sus hijos con champaña para mantenerlo tan rubio como los franceses? ¿Por qué no saca a pasear el perro con un collar de brillantes amarillos? Si su abrigo de armiño está raído, úselo como salida de baño. Corría 1937 y esas desopilantes propuestas para matizar la vida doméstica eran disparadas cada mes por Diana Vreeland desde las páginas de *Harper's Bazaar*.

Casada con un banquero inglés y dueña de una vida glamorosa transcurrida entre Londres y Nueva York, las escribía a mano desde su escritorio de la Quinta Avenida rodeada de pisapapeles con forma de peces dorados, floreros con narcisos y atomizadores con perfume Guerlain argumentando: "¿Acaso alguien alguna vez redactó una gran carta de amor o una nota de suicidio usando una máquina de escribir?".

Carmel Snow, alma mater de ese manual de estilo de vida norteamericano llamado *Harper's*, se había deslumbrado al conocerla en una fiesta vestida con un sarong de terciopelo violeta, zapatillas de raso blancas y su característico maquillaje con reminiscencias del teatro kabuki. La columna de Vreeland *"Why don't you?"* funcionó como plataforma de lanzamiento de su visión vanguardista sobre la indumentaria femenina y aunque al principio fue criticada en un contexto de depresión económica y prejuicios estéticos, no tardó en transformarse en lectura obligada de la época.

Cautivó hasta al magnate periodístico William Randolph Hearst, quien la llamó para confesarle el fanatismo por sus consejos, y en cuestión de un año ascendió a editora de moda. Desde ese rol, a lo largo de cuatro décadas estimuló a diseñadores de alta costura y prêt-à-porter vinculándolos con mecenas, plasmó las producciones de moda más fantasiosas con modelos de carácter posando entre elefantes o camellos y captadas por eminencias de la fotografía como Maria Louise Dahl, Richard Avedon o David Bailey.

Algunas de las frases de Vreeland más festejadas fueron: "El divorcio es tan glorioso como el caviar", "La mayor de las vulgaridades es cualquier imitación de la juventud y de la belleza" o "Todo el mundo sabe que la armada británica entera usa ropa interior de seda".

MEJILLAS CARMÍN

Hija de una americana y un inglés que veraneaban en Venecia y Deauville y tenían entre su círculo de amigos a personajes excéntricos como Diaghilev, Nijinsky, Ida Rubinstein y los bailarines Vernon e Irene Castle, tal vez para vengarse del estigma de patito feo que la acompañó en los primeros años de su vida, Diana se inventó como un mujer elegante.

Sus principales artilugios fueron el pelo teñido de negro azabache (cuentan que le ponía agua de colonia para que secara más rápido), acumulaciones de colorete desde las mejillas hasta los lóbulos de las orejas y labios eternamente rojos.

La modernidad no se limitó a la apariencia: también se extendió a un modo de hablar que combinaba el argot de los clubs nocturnos de la Quinta Avenida y reductos de dudosa reputación de Times Square con expresiones dignas de los más selectos salones literarios. Fumaba dos paquetes de cigarrillos por día y veneraba el vodka tanto como el té inglés. Para el día recurría a básicos como calzas y poleras negras y una redecilla, reservando para su agitada agenda nocturna los trajes de sus adorados Yves Saint Laurent, Madame Grès y Hubert de Givenchy, a los que acompañaba de joyas descomunales y tantas pulseras que al pasar sonaba como un carromato. Se hacía los zapatos a medida, su favorito era el francés Roger Vivier, y solía pasar hasta dos horas de pruebas en su atelier.

En su obra maestra *El espejo de la moda*, el fotógrafo y vestuarista Cecil Beaton aporta una desopilante descripción de su figura: "Con la pelvis proyectada atrevidamente hacia adelante en un grado que produce asombro, y con el torso doblándose hacia atrás en un ángulo de 45 grados, Mrs. Vreeland invita a la comparación de una dama medieval y, en efecto, necesita sólo el alto cucurucho sobre la cabeza con su velo pendiente. Puede ser que se matriculara en aquella era del Gran Gatsby cuando las mujeres querían que sus cuerpos se parecieran lo más posible a los espárragos hervidos adoptando la forma de cualquier sofá en que pudieran sentarse".

HACIENDO ESTRELLAS

Las extravagancias de su entorno fueron reflejadas en *Funny Face*, la película de Stanley Donen de 1957 con Fred Astaire en el rol del fotógrafo Richard Avedon, Kay Thompson satirizando a Vreeland y Audrey Hepburn en la piel de Dovima, la modelo mejor paga de los años 50 (además de una codiciada cintura de avispa tuvo una personalidad alocada que la llevaba a usar los bidets de hoteles de lujo como floreros y trasladarse con baúles llenos de comics aun por los rincones más remotos del planeta).

"Su obsesión no tenía límites. Podían ser las tres de la mañana, con las modelos llorando de cansancio, que nada la detenía" contó la fotógrafa Louise Dahl Wolfe, una de sus principales colaboradoras. Juntas tomaron las fotos de Lauren Bacall posando en ropa interior en la bañera de Helena Rubinstein que desde las páginas de *Harper's* le valieron a la futura señora Bogart los llamados de los productores David Selznick y Howard Hawks que desembocaron en el comienzo de su carrera cinematográfica.

Pero la amistad entre esa dupla creativa llegó a su fin cuando Vreeland decidió cortar milímetros de una foto que Dahl Wolfe consideraba una de sus mejores tomas.

La lupa cazatalentos de esta freak del lujo se siguió agudizando cuando en los 60 se cruzó a las trincheras de la revista *Vogue*. Allí contrató a bellezas exóticas como Marisa Berenson, nieta de la diseñadora surrealista Elsa Schiaparelli, que comenzó su carrera a los dieciséis años y de inmediato devino en musa del hippismo. Otro de sus hallazgos fue Penelope Tree, hija de Marietta Peabody, la primera mujer delegada en la Naciones Unidas y un industrial que llenaba la mansión familiar con sus amigos Black Panters y monjes tibetanos. A la italiana Benedetta Barzini le enseñó a sacar provecho de su aire mediterráneo arcaico al punto que causaba sensación en las fiestas de Truman Capote y Salvador Dalí ideó un simulacro de boda con ella –con pastel incluido– estimulado por su parecido con Gala. Y a la heroína pop Cher la apartó de los golpes de Sonny Bono para llevarla a la portada de *Vogue*.

En la redacción de esa biblia para adoradores de la moda, reunidos en un despacho pintado de rojo sangre, periodistas y productoras registraban en sus diarios personales las verdades esenciales inventadas por Vreeland a cada instante.

Algunas de las más festejadas fueron: "El divorcio es tan glorioso como el caviar", "La mayor de las vulgaridades es cualquier imitación de la juventud y de la belleza" o "Todo el mundo sabe que la armada británica entera usa ropa interior de seda".

En los 80 decidió compilarlas en *D.V.*, su autobiografía convertida en objeto de culto. "Un vestido nuevo no te lleva a nada sino lo que puedas vivir a través de él. La elegancia es innata y nada tiene que ver con estar bien vestida. Las copias son fabulosas: si no puede consumir originales, recurra a falsificaciones" son algunas de las afirmaciones prácticas y melodramáticas que aparecen allí junto a odas a la lechuga y a la salsa chutney.

Haciendo uso de su celebración de rarezas estéticas, no se conformaba con los diseños presentados en las colecciones sino que sugería pedidos especiales que muchas veces se volvían las prendas más exitosas.

Sus principales artilugios fueron el pelo teñido de negro azabache (cuentan que le ponía agua de colonia para que secara más rápido), acumulaciones de colorete desde las mejillas hasta los lóbulos de las orejas y labios eternamente rojos.

Al modisto Oscar de la Renta no sólo le aconsejó en sus comienzos para que ingresara a la firma Elizabeth Arden en lugar de reclutarse en la Maison Dior, también le sugirió una colección de caftanes que marcó tendencia. En 1971, atraída por los originales diseños de zapatos, contactó al español Manolo Blahnik con fabricantes italianos y lo ayudó a instalarse en Londres.

A la diseñadora austríaca Fridl Loos, radicada en la Argentina, le envió una carta de felicitaciones por sus trajes de barracanes disponibles para la venta en la tienda Neiman Marcus. "Son encantadores, totalmente diferentes a las propuestas de París y Nueva York". Rosita Bailón, creadora de la legendaria boutique porteña Madame Frou Frou, relata algunos pormenores de la reunión que tuvieron a principios de los 80 en su casa de la Quinta Avenida: "Me recibieron secretarias de 2 metros de altura con aspecto de modelos. La habitación estaba llena de silloncitos de distintos estilos y lo primero que me preguntó fue si quería sentarme en asientos blandos o duros, un planteo que luego supe es habitual entre los devotos de la decoración. Era extremadamente coqueta, al punto de no usar anteojos a pesar de su evidente miopía. Cuando supo mi nacionalidad manifestó su deseo por dar con una manta de zorrino y un peinetón de la colección del Museo Fernández Blanco".

Otra de sus innovaciones fue encargar fotografías experimentales tomadas con lente gran angular que deformaban a las modelos de manera tal que parecían macrocefálicas y con pies de liliputienses.

En 1971, luego de ser despedida del Imperio Conde Nast empezó una nueva faceta como consultora del célebre Costume Institute del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Algunas de sus muestras más famosas fueron una retrospectiva del español Cristóbal Balenciaga, un homenaje al vestuario del Hollywood romántico y otro al estilo americano con los trajes de la belleza sureña Irene Gibson, los atavíos de plumas y bananas con que Josephine Baker abandonó su destino de chica pobre de St Louis para conquistar París y los trajes vaporosos y zapatos con que Irene Castle bailaba foxtrot.

En los 70 el gobierno francés la distinguió con títulos rimbombantes como Caballero de la Orden del Mérito y Legión de Honor, mientras que la prestigiosa escuela de diseño Parsons le otorgó un doctorado en arte.

Murió en 1989, a los 82 años, y poco después la autora teatral Marie Louise Wilson se inspiró en las aristas más extravagantes de esta mujer de gustos inmoderados –desde sus caprichos esteticistas, la relación con su marido e hijos– para el argumento de *Full Gallop*. En los 90 la dirigió Andrew Lloyd Weber en Broadway –Oscar Barney Finn tiene los derechos del unipersonal y planea llevarlo a escena próximamente con la actriz Nacha Guevara–. A casi diez años de su muerte vuelve la vreelandmanía. Tanto su autobiografía como sus libros *Inventive Paris Clothes* y *Allure* fueron reeditados y se exhiben en una librería neoyorquina junto con algunos trajes de esta dictadora del estilo que aún conservan el aroma de su perfume Guerlain



GURU DEL *tilo*





sus diarios personales las verdades esenciales inventadas por Vreeland a cada instante.

Algunas de las más festejadas fueron: "El divorcio es tan glorioso como el caviar", "La mayor de las vulgaridades es cualquier imitación de la juventud y de la belleza" o "Todo el mundo sabe que la armada británica entera usa ropa interior de seda".

En los 80 decidió compilarlas en *D.V.*, su autobiografía convertida en objeto de culto. "Un vestido nuevo no te lleva a nada sino lo que puedas vivir a través de él. La elegancia es innata y nada tiene que ver con estar bien vestida. Las copias son fabulosas: si no puede consumir originales, recurra a falsificaciones" son algunas de las afirmaciones prácticas y melodramáticas que aparecen allí junto a odas a la lechuga y a la salsa chutney.

Haciendo uso de su celebración de rarezas estéticas, no se conformaba con los diseños presentados en las colecciones sino que sugería pedidos especiales que muchas veces se volvían las pren-

que luego supe es habitual entre los devotos de la decoración. Era extremadamente coqueta, al punto de no usar anteojos a pesar de su evidente miopía. Cuando supo mi nacionalidad manifestó su deseo por dar con una manta de zorrino y un peinetón de la colección del Museo Fernández Blanco".

Otra de sus innovaciones fue encargar fotografías experimentales tomadas con lente gran angular que deformaban a las modelos de manera tal que parecían macrocefálicas y con pies de liliputienses.

En 1971, luego de ser despedida del Imperio Conde Nast empezó una nueva faceta como consultora del célebre Costume Institute del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Algunas de sus muestras más famosas fueron una retrospectiva del español Cristóbal Balenciaga, un homenaje al vestuario del Hollywood romántico y otro al estilo americano con los trajes de la belleza sureña Irene Gibson, los atavíos de plumas y bananas con que Josephine Baker abandonó su destino de chica

Sus principales artilugios fueron el **pelo** teñido de **negro azabache** (cuentan que le ponía agua de colonia para que secara más rápido), acumulaciones de **colorete** desde las mejillas hasta los lóbulos de las orejas y **labios** eternamente **rojos.**

das más exitosas.

Al modisto Oscar de la Renta no sólo le aconsejó en sus comienzos para que ingresara a la firma Elizabeth Arden en lugar de reclutarse en la Maison Dior, también le sugirió una colección de caftanes que marcó tendencia. En 1971, atraída por los originales diseños de zapatos, contactó al español Manolo Blahnik con fabricantes italianos y lo ayudó a instalarse en Londres.

A la diseñadora austríaca Fridl Loos, radicada en la Argentina, le envió una carta de felicitaciones por sus trajes de barracanes disponibles para la venta en la tienda Neiman Marcus. "Son encantadores, totalmente diferentes a las propuestas de París y Nueva York". Rosita Bailón, creadora de la legendaria boutique porteña Madame Frou Frou, relata algunos pormenores de la reunión que tuvieron a principios de los 80 en su casa de la Quinta Avenida: "Me recibieron secretarias de 2 metros de altura con aspecto de modelos. La habitación estaba llena de silloncitos de distintos estilos y lo primero que me preguntó fue si quería sentarme en asientos blandos o duros, un planteo

pobre de St Louis para conquistar París y los trajes vaporosos y zapatos con que Irene Castle bailaba foxtrot.

En los 70 el gobierno francés la distinguió con títulos rimbombantes como Caballero de la Orden del Mérito y Legión de Honor, mientras que la prestigiosa escuela de diseño Parsons le otorgó un doctorado en arte.

Murió en 1989, a los 82 años, y poco después la autora teatral Marie Louise Wilson se inspiró en las aristas más extravagantes de esta mujer de gustos inmoderados –desde sus caprichos esteticistas, la relación con su marido e hijos– para el argumento de *Full Gallop*. En los 90 la dirigió Andrew Lloyd Weber en Broadway –Oscar Barney Finn tiene los derechos del unipersonal y planea llevarlo a escena próximamente con la actriz Nacha Guevara–. A casi diez años de su muerte vuelve la vreelandmanía. Tanto su autobiografía como sus libros *Inventive Paris Clothes* y *Allure* fueron reeditados y se exhiben en una librería neoyorquina junto con algunos trajes de esta dictadora del estilo que aún conservan el aroma de su perfume Guerlain



PINTURAS

ASÍ DE ESCUETO ES EL NOMBRE DE LA MUESTRA DE LA ARTISTA PLÁSTICA ANA MARÍA CORRIÓ QUE SE EXPONE EN LA GALERÍA LEONARDO SVALOS (ARROYO 858). SE EXTENDERÁ HASTA EL 5 DE NOVIEMBRE, DE 15 A 20, Y LOS SÁBADOS DE 11 A 13.

Lo nuevo *lo raro* LO UTIL

AGENDA

AMORÓS

"Elogio de la vindicación" es el nombre de la conferencia que dará la filósofa Celia Amorós en la Facultad de Derecho de la UBA. Será en el Salón Verde, el 10 de noviembre a las 19. Organiza la Secretaría de Relaciones Institucionales, en el marco del seminario Identidad y Derecho.

IDENTIDAD SEXUAL

Otra de Amnistía, pero esta vez con TEA Imagen: para conmemorar el 50º aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos, vienen organizando proyecciones de films y charlas. El 6 de noviembre se proyectará *El silencio de Oliver*, y hablarán Lohana, María Luisa, de Lesbianas a la vista, y Marta Dillon, de *Las/12*. Es en Uriburu 353, PB.

RELOJERÍA SUIZA

Entre el 5 y el 10 de noviembre las marcas más conocidas de relojes expondrán sus productos en Expo Suiza Relojes `98, que se desarrollará en el Museo de Arte Decorativo. Baume & Mercier, Boucheron, Cartier, Longiness, Gucci, Omega y Piaget son sólo algunos de los expositores. La muestra, organizada por la Cámara de Comercio Suizo-Argentina, estará abierta de 14 a 21.

CONTANDO CUENTOS

La sección Atlántida Mini, destinada al público infantil, sigue llevando adelante el ciclo "La aventura de leer", en el que Misia Pepa cuenta cuentos a los chicos que se acercan. La cita es en diferentes sucursales de Librerías Yenny, a las 18. El 2 de noviembre, el encuentro en Alto Palermo; el 3, en El Solar de la Abadía, y el 10, en la sucursal del Tren de la Costa.



AMNESTY

Amnistía Internacional ha editado una serie de cuadernillos que, en forma de historietas, relatan casos de mujeres cuyos derechos humanos han sido atropellados en diferentes lugares del mundo. Uno de ellos cuenta la historia de Nieves, una de las miles de mujeres filipinas que emigran a Arabia Saudita para conseguir trabajo. Nieves y dos amigas salieron una noche a festejar el cumpleaños de una de ellas, y fueron interceptadas por la policía religiosa saudí. Fueron acusadas de prostituirse, obligadas a firmar una confesión y encarceladas antes de ser deportadas a Filipinas. Otro caso es el de Mariana Cetiner, una mujer rumana que fue acusada de intentar seducir a otra mujer, lo que según las leyes rumanas es delito. Fue condenada a tres años de cárcel.

MUJERES EN IGUALDAD

La Fundación Mujeres en Igualdad sigue armando su Base de Datos que incluirá a mujeres en lugares de decisión. Legisladoras, funcionarias, candidatas, dirigentes políticas, culturales y barriales, empresarias, académicas, la lista es larga. Con 800 cuestionarios contestados, están a punto de incluir en la base de datos la nueva información que llegue hasta el 31 de octubre. Después, los datos integrarán la basedel 99. Actualmente, la Fundación está en conversaciones para extender la base al Mercosur. Para mayor información, comunicarse con Mujeres en Igualdad, Urquiza 1835, Florida. O al 541-797-8745.

PRODUCTOS

ELLOS

Bowen, una marca de básicos con estilo para hombres, sugiere mucho blanco para este verano. Ropa pensada para tipos de entre veinte y cuarenta, o un poco menos y un poco más, el catálogo muestra musculosas y camisetas abajo de camisas sueltas, pantalones de telas ligeras y sin miedo a las arrugas, algunas discretas transparencias para los más decididos y lino para los más clásicos.



Corto y desmechado



Los peluqueros locales están mostrando los cortes de la temporada que ya llegó. Roberto Giordano hizo lo propio: cortos, medianos y semi-largos, todos desmechados para hacer posible el clásico de "mover las cabezas" y quedar peinadas. Se trata de enmarcar las caras, a veces con flequillos tramposos que permiten ser disimulados, si se prefiere, tirándolos hacia atrás. Algunos cortes de nucas despejadas pueden recurrir al gel; otros se prestan a bases muy suaves y no agresivas. El corte degradé o el bicapa se recomienda a aquellas de melenas abundantes que quieran verse menos leonas y más modernas.



NUEVA FIBRA GRAFA





Batir, como en una coctelera, la resistencia del algodón, la adaptabilidad del denim y la caída de la seda. Parecía imposible, pero Santista Jeanswear-Grafa presentó, en el Espacio Grafa, *Tencel*, la única fibra creada en los últimos treinta años, extraída de la celulosa de árboles especialmente cultivados para ello. Se produce mediante un proceso de hilado de máxima tecnología, utilizando un disolvente no tóxico que se recicla constantemente, con mínimo consumo de energía y agua. Es 100 por ciento natural, permite colores intensos, tiene caída, un brillo tenue, transpirabilidad y confort. En el show de presentación, en el que no desfilaron modelos sino bailarines al mando de Jean François Casanovas, se mostraron las posibles aplicaciones de Tencel: tejidos para prendas de jeans y ropa casual, tejidos teñidos en pieza y en hilo para sastrería, y acabados en piel de melocotón para género de punto.


FOTO: LUCILA BLUMENCWEIG



Fantasías TEXTILES

POR V. L.

Martín Churba y Jessica Trossman trabajan juntos, desarrollando estampados textiles únicos que venden a diferentes marcas. La experimentación sobre las telas es el fuerte del dúo, que no ahorra tretas ni recursos para que un poliéster o un falso encaje muten en otra cosa.

Desde un taller donde en lugar de oxígeno se respira purpurina de colores, los diseñadores Jessica Trossman y Martín Churba desarrollan una colección de insólitos estampados textiles destinados a vestir firmas locales y una marca propia. Decenas de cajas atesoran patterns con simulaciones de bordados, cuadros de Klimt o Toiles de Jouis que adornan una línea de corsets y vestidos de María Vázquez; así como también las sutiles estampas de plumas con que dieron forma a una línea de carteras de neoprene para Jazmín Chebar y motivos de libélulas y mariposas para modelitos de Sol Porteño.

En tiempos en que el desafío de la industria textil pasa por las simulaciones –existen laboratorios que destinan fortunas a desarrollar telas nobles que imitan otras de menor rango– ellos rompen con esas convenciones. Valiéndose de populares telas para bolsos y shorts de baño, manteles de encaje comprados en los venerados reductos "Todo por 2 pesos" o tela de lencería para bombachas, simulan texturas lujosas y dan forma a una colección de vestidos devenidos del formato remera, con sus nombres y la consigna "alta y baja costura". Antes de unir talentos ella desarrolló una línea de remeras con iconos pop para Ona Sáez –incluyó Barbies, juegos de agua y simulacros de bebidas cola– y para la boutique neoyorquina especializada en rarezas Patricia Field hizo una colección con jeringas con sangre roja o azul –que los usuarios elegían de acuerdo a su pretendida alcurnia–. Trossman es una fetichista de remeras, al punto que tiene una colección de 250 "sólo para mirarlas".

Martín pertenece a una familia vinculada a la venta de exquisitos objetos de diseño –Natan, Gris Dimensión y la famosa CH de los años cincuenta–. Por otra parte, su madre, la psicoanalista Lidia Muradep, creó la firma de ropa infantil Lemamu, que en los 70 impuso un furor por manzanitas y gusanos en chicos de clase media alta –por entonces el pequeño Martín desfilaba para la marca–. A los 19 años, estimulado por su tío León, empezó una línea de estampas sobre denim con rodillos y arroz, a la que siguió otra con imágenes de indios tobas.

Con el tiempo sus "original artworks" –así se los llama en la jerga textil– se expandieron a huellas de neumáticos, pelajes de afganos y cadenas de bicicletas, y el año pasado fueron elogiados por la publicación especializada *International Textiles*. Otros datos de su personalidad multifacética: después de estudiar Bellas Artes, incursionó en el teatro y en estos días es uno de los protagonistas de *Perlas quemadas*, la obra de Fernando Noy que dirige Julio Suárez.

EL MISTERIO DE LA TELA

¿Cuál es la línea conductora de sus diseños?

–Cada nueva colección responde a un proceso de investigación donde primero maquillamos la tela y a veces, de tanto proceso, parece que le hiciéramos cirugía plástica. Jugamos con su consecuencia sobre el cuerpo, mediante plisados o simulaciones de ballenas ideales para corsés. Si mientras estampamos se nos cae el café con leche, esa catástrofe puede terminar en un diseño. De la misma manera, de una remera con aplicaciones de goma para ojotas que se nos quemó pensamos una línea de lámparas –dice Martín.

Encabezando la lista de sus telas fetiche, el dúo sitúa al microtul de nylon: "Para nosotros es el equivalente al cuaderno Rivadavia rayado, es la superficie perfecta para las estampas. Por cuestiones de paladar nos encantaría trabajar sobre microfibras estampadas y sedas naturales pero si gastamos en la base no cobramos el trabajo", cuenta Jessica.

Una de sus últimas propuestas consiste en estampas geométricas con aplicaciones de goma y forma de círculos inspiradas en condones.

Los diseñadores resumen su crítica de la moda local en una comparación plagada de ironía: "Nos hace pensar en un caballo desbocado que va hacia el siglo veinte para estrellarse con un poste de la llanura pampeana. Todo se limita a quién lo vio antes para apropiarse primero".

Como su metodología no descarta la experimentación, a veces combinan estampas con aplicaciones de cintas de plástico, simulan bordados de oro y hasta incluyen falsas terminaciones.

"Que muchas de nuestras prendas parezcan sin terminar desde la estampa y la confección responde a que queremos transmitir rusticidad y una queja a tanto minimalismo. En el invierno hicimos una línea de vestidos para Tascani con estampas de hojas que juntamos del piso, así logramos que las hojas tuvieran una impresión fotográfica y no hubiera un vestido igual a otro", explican.

Otro de sus aportes son las prendas reversibles, vestidos con diferentes estampados en cada una de sus caras y un artilugio fabuloso para tiempos de crisis y guardarropas atiborrados.

Antes lanzaron una línea de manteles de poliéster procesados de manera tal que lucieran como papel y no necesitaban costuras. "Elegimos trabajar sobre telas por su posibilidad de transmitir mensajes, imágenes, recuerdos, colores y con ellas intentamos hacer obras de arte para la vida cotidiana"

Con un mínimo de recursos y una gran disciplina corporal, la noruega Geddy Aniksdal está de gira por la Argentina para representar la obra *Azul es el humo de la guerra*. Allí hace de poeta chino de la dinastía Tang, de animador de cabaret brechtiano, de dama del jardín de Epicúreo. Una actuación notable para un texto crítico que satiriza las bondades del bienestar primermundista.

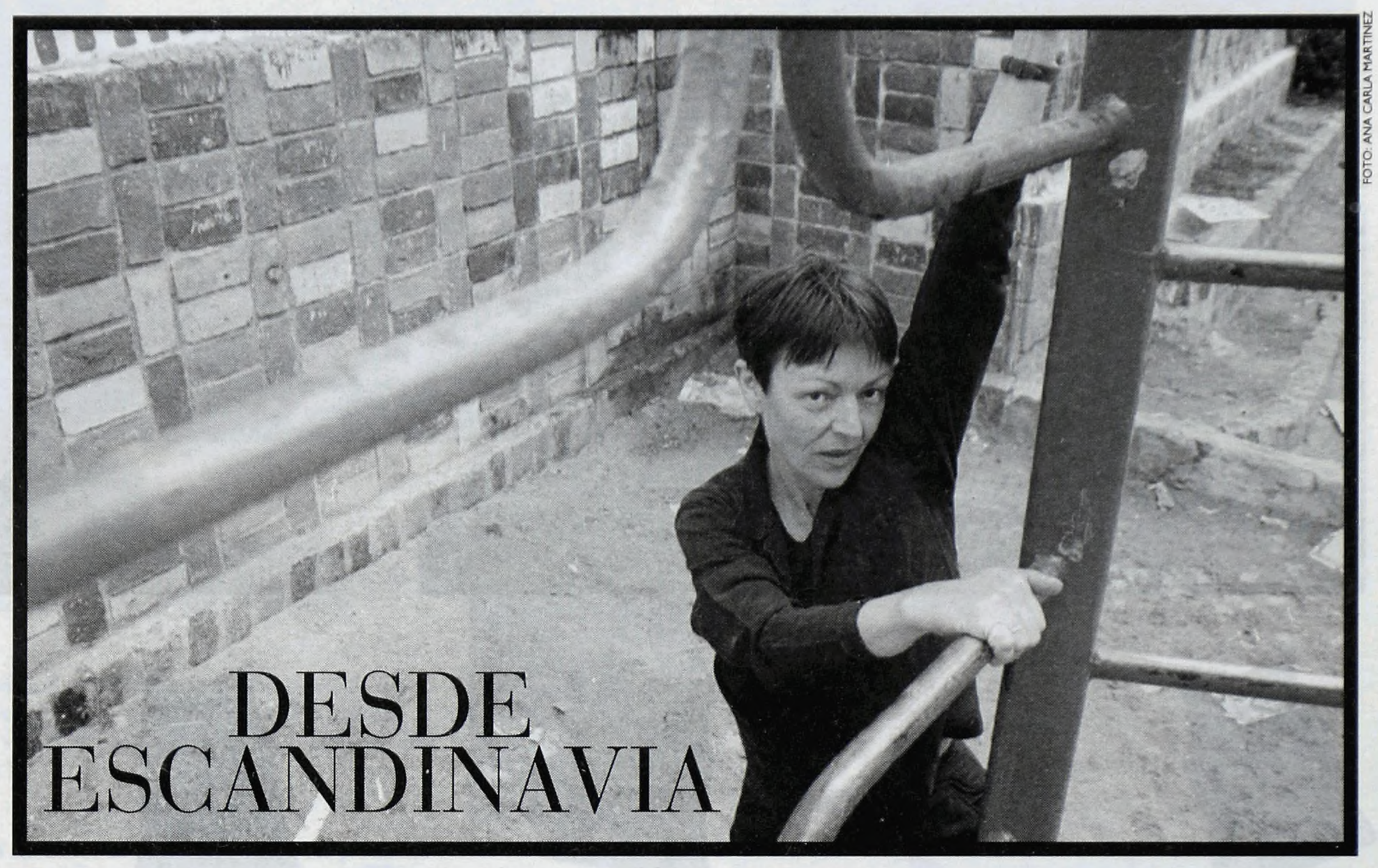


FOTO: ANA CARLA MARTINEZ

DESDE ESCANDINAVIA

POR MARIA MORENO

Con una gran corona de hierro cincelada con figuras de guerreros que se proyectaban sobre las paredes de la sala por toda escenografía, un pectoral de cuero, camisa y pantalones negros, dos tatuajes, la noruega Geddy Aniksdal representó durante tres días en Buenos Aires *Azul es el humo de la guerra* basada en la obra de su compatriota Georg Johannesen cuya traducción libre es *Los buenos tiempos para los malos*. Se ha cortado el pelo a la garçon por austeridad y porque le permite darse un esquema corporal que permite, con un mínimo de recursos, atravesar los géneros, las épocas y los personajes exigidos por la obra, dividida en cuatro movimientos, que trazan una parábola desde la China de la dinastía Tang y a través de versos del poeta Tu Fu hasta el jardín donde el filósofo Epicúreo reflexiona sobre el placer, el dolor y la muerte. En el medio, el movimiento con formato de cabaret de los años cincuenta y el que ofrece los monólogos políticos de Georg Johannesen (¿un Tato Bores en Escandinavia?) dan un sentido crítico a los otros: invitan a leer al jardín de Epicúreo en correlato con la Noruega saturada de bienes y a la que se considera la nueva rica de Escandinavia: "No somos tan ricos como hace cinco años atrás –ataja Aniksdal–, pero muchos se siguen comportando como si lo fueran. No estoy hablando de *todo el mundo*, pero tenemos una cantidad de dinero que puede volvernos silenciosos".

Geddy Aniksdal trabaja en el marco del *Grenland Friteater*, un colectivo de actores y directores que ha encontrado su propio método de preservar la ética teatral en un medio contaminado por múltiples tentaciones. Sus integrantes han vivido juntos durante más de 20 años, al menos laboralmente, se han casado a menudo entre ellos y llevan a la práctica estructuras de trabajo cotidiano endeudadas con las invenciones comunitarias de los sesenta: "Los hombres, a su turno, se quedan con los chicos –tenemos diez en total–, los llevan al dentista, a la clase de natación, les dan de comer, les lavan la ropa en igualdad de condiciones con nosotras pero a la hora de discutir los espacios de poder los 'capitanes' suelen rebelarse y es precisa la lucha", enumera Geddy con el tono liviano de alguien para quien esos intercambios se han naturalizado. Si se le pregunta –lugar común– por la influencia del feminismo en esas equidades ella prefiere ajustar el término: "En Europa *feminismo* quiere decir muchas cosas, están las feministas ecologistas, las psicoanalíticas, las socialistas. Yo prefiero hablar de movimiento de mujeres".

Pero seguramente la crítica feminista ha actuado, quizás por ósmosis en este cuerpo trashumante, no sólo porque ha abandonado los grandes fríos para encallar al borde de la primavera porteña y porque se mueve entre el noruego, el inglés y el castellano sino porque es capaz de saltar por sobre los géneros para hacer con precisión el número de un cabaretero canalla, imprimirle la voz de Marlene Dietrich y bailar con sus piernas para luego acuclillarse al modo de una humilde mujer vieja del jardín de Epicúreo. Y, si se le recuerda que pocas actrices nacionales harían algo adonde tuvieran que exhibirse feas o encarnar a un varón que no fuera una machietta, lo explica sólo en términos personales: "Creo que cuando hago de varón, es por un deseo personal, hay algo masculino en mí que me da mucha fuerza y que traté de que apareciera, por eso tengo mucho entrenamiento de kung fu, para adquirir músculos. Creo que el trabajo del cuerpo habla por sí mismo". Como para transmitir que no se trata solamente de mostrar destreza técnica, durante la función Geddy hace una medialuna dubitativa para luego desplomarse, resollando, en un banquito.

La actriz y directora representó *Azul es el humo de la guerra* en el teatro *El observatorio*, un lugar literalmente off que queda a pocas cuadras de la estación Miserere, ex cine porno ahora remozado adonde se ofrece un espacio cómodo a la experimentación teatral y musical.

Si en el texto de Georg Johannesen se satiriza la angustia noruega de *carecer de escasez*, Geddy, hacia el final del espectáculo, hace una "devolución": No sólo monologa durante cincuenta minutos en el idioma del país anfitrión, el castellano sino que ofrece un ritual de comunión: abrir con aire de mesero expeditivo varias botellas de cerveza que luego reparte entre el público.

Geddy Aniksdal dice que la tendencia ahora es, desde hace unos seis años, en Europa, a que se hagan performances con poemas: "Nosotros tenemos una teoría de la poesía y es que el ritmo cardíaco de los autores está reflejado ahí y debemos encontrarlo. Por ejemplo Withman era un hombre muy muscular y muy sensual y sus poemas reflejan su respiración y están hechos para ser dichos en lugar de leídos. Son textos adonde él ha puesto el cuerpo. Mi primer unipersonal fue sobre la poeta Sylvia Plath. Cuando escuché su poema "Daddy", se me erizaron los pelos pero intenté representar sólo eso y no escarbar en la tragedia de su suicidio. Tomamos los últimos cinco poemas y los hicimos. Cuando Sylvia murió tenía 32 años, era fea y dejaba dos hijos. Durante la performance había 20 grados bajo cero en Noruega y creo que ese frío se reflejó en el trabajo pero sólo después de haberlo hecho uno se da cuenta de lo que hizo".

Geddy pertenece al *Magdalena Proyect*, Red Internacional de Mujeres en Teatro Contemporáneo y a la organización *ARMAR* (Artes Escénicas Contemporáneas), ambas agrupaciones favorecen el intercambio y la investigación de teatreros de diversas partes del mundo. En el marco del *Grenland Friteater* también, Geddy se ha animado a representar las obras de un autor de esos que –dice– uno se promete una y otra vez no representar jamás: "Decidimos hacer las últimas tres obras de Ibsen. Eramos tres directores dentro de nuestro teatro que nos intercambiamos la actuación y la dirección y sólo uno quedó afuera. Entonces nos dividimos en tres grupos: los viejos lo prepararon a la manera clásica, los de la generación intermedia, a nuestra manera, es decir con mucho trabajo físico y los más jóvenes –era el grupo que yo dirigía– a la de la no actuación. Trasladamos las obras a un hotel adonde todos los personajes se cruzaban entre ellos. La hicimos en España, en la playa. Se llama *Hotel Ibsen*".

Todo comenzó –esta cuestión de hacer teatro– en una familia grande donde cada uno proponía un juego: "Ya sabes: ¡Mirá lo que estoy haciendo! (Geddy lanza volutas al aire con ademán de ratero). Luego hubo un tiempo en que no sabía qué hacer. Hice teatro guerrilla en la calle. Para promover el aborto libre o contra la pornografía. Con los años he ido cambiando algunas posturas. Por ejemplo ahora no haría algo en contra de la pornografía, pero mi posición respecto del aborto no ha cambiado. A veces fui muy naïve, soy muy naïve todavía".

En este momento Geddy Aniksdal está repartiendo cerveza en la sala de la Alianza Francesa de Mar del Plata.

–Luego me vuelvo para relevar a mi marido. Tiene que viajar para hacer una película y yo me quedo con los chicos. Ese es el precio por ser tan libres.

–O la condición para un matrimonio duradero.

–¡Eso es lo que quería decir!

CHICAS DE CORRALON



FOTO: TAMARA PINCO

POR SANDRA CHAHER

Susana, Alicia y Liliana Mórtola llevan adelante un corralón de materiales e insumos para la construcción de Villa Crespo que inauguraron sus abuelos en el siglo pasado. Las tres se ocupan de atender a los clientes –muchos de los cuales, entre cables y bolsas de cemento, no se privan de contarles pormenores de sus vidas–, mientras Freddy, hermano de Liliana y primo de las otras dos, es el amo del depósito.

El viejo axioma denostado por el feminismo decía que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer. Los solidarios 60 lo reformularon: "Al lado de todo gran hombre hay una gran mujer, o viceversa". En el Corralón Mórtola la frase justa sería "tres grandes mujeres delante y un gran hombre detrás". En Loyola al 800 –esa zona de Villa Crespo que aún es barrio y no se contagió del aura burguesa de Palermo Viejo– tres mujeres son las caras visibles del negocio: las que atienden al público, llevan las cuentas, saben qué hay en cada cajoncito de los enormes anaqueles y qué compromiso se adquirió con cada cliente. Pero detrás del local está el depósito, y allí el rey es Freddy.

Susana, Alicia, Liliana y Alfredo –Freddy para todos– son la tercera generación de los Mórtola. Los abuelos llegaron en 1890 y compraron un caserón frente a donde hoy está el local; la construcción se viene abajo, pero todavía están los adoquines y las caballerizas. Hoy son una empresa media, y su gran orgullo es la fidelidad del cliente, mantenida –están convencidos– a fuerza de buen servicio. Venden todo lo necesario para construir una casa, desde el cemento y los ladrillos hasta un montón de diminutos objetos cuya especificidad es imposible describir.

Pero allá por 1910, cuando los abuelos y parte de los ocho hijos regenteaban el negocio, "lo de los Mórtola" no era más que un corralón que vendía insumos básicos para la construcción. "Iban al puerto en un carro con el farolito y el perro detrás –recuerda Susana–. Después, en 1938, nosotras ya recordamos que había camiones que se usaban para cargar mercadería." Con el tiempo, los hermanos se fueron separando y continuaron sólo los padres de ellas y un tío solterón que nunca tuvo hijos.

Los dos hermanos vivían en distintas casas de un PH que no estaba a más de cien metros del corralón. Uno de ellos era el padre de Alicia y Susana, y el otro de Freddy y Liliana. Hasta esa convivencia compartida casi hasta la adultez hay que remontarse para entender este raro presente de dos parejas de primos que dicen llevarse bárbaro, lo que queda demostrado en casi treinta años de sociedad sin rupturas. La fórmula, dicen, fue heredada de los padres y respetada como verdad revelada por las madres. "Mi papá y mi tío jamás dejaron que sus mujeres, que se llevaban súper, entraran al comercio –devela Susana–. Podemos pedir la opinión, pero no queremos que ninguna de nuestras parejas se meta en lo que hacemos."

EL PUNTERO

Freddy fue el primero de los cuatro que, a los 14 años ya estaba cargando bolsas en el viejo corralón. Lo hizo porque quería, su trabajo es su pasión y parece ser un hombre de amores fieles, al menos laboralmente. La incorporación de las damas fue más paulatina y azarosa y, en un puro ejercicio especulativo, Susana y Liliana admiten que en su elección es probable que haya pesado más la idea de continuar la tarea paterna que el gusto por el rubro. Desde que estaban en el secundario, Susana y su hermana Alicia ayudaban al padre con la contabilidad. Susana se recibió de maestra a comienzos de los sesenta, pero como no conseguía trabajo aceptó un puesto en una casa de sanitarios, y Alicia llevaba las cuentas de la tienda Eduardo Sport. En el '65, un infarto del padre catapultó a Susana a la silla que antes atendía él, y a partir de allí se empezó a consolidar la tercera generación, que hoy ronda los cincuenta años. Los padres les dijeron a ella y a Freddy que si les interesaba el negocio invertirían todos sus ahorros en la construcción de un nuevo local, y en el '72 lo inauguraron. Sumaron rubros; y con los años, también hermanos. Primero fue Alicia, y después la benjamina, Liliana.

LOS CLIENTES

"Nosotras atendemos a un 90 por ciento de hombres, que es el mejor público para tratar con la mujer", afirma categórica Susana. "La mujer es en general más agresiva, te cuestiona el conocimiento. Aunque también es cierto que últimamente vienen más mujeres solas –igual no deben superar el 10 por ciento–, muchas arquitectas, y algunas son divinas", dice Liliana. A ella le gusta atender a los clientes y se nota. "A veces digo que parecemos psicólogas, porque los hombres vienen y te cuentan sus problemas, que se separaron, que los chicos... Vos te enterás vida y milagro de ellos, aunque una tiende a pensar que son más las mujeres las que se explayan. Hay personas que vienen hace apenas un año y poco a poco nos contaron su vida."

En la empresa Mórtola trabajan trece personas, bien divididas por género y actividad. En el local están las tres hermanas, con una cuñada y otra empleada más, y en el depósito los ocho hombres. Casi toda la gente que tiene relación laboral con ellos son personas de confianza, conocidos o parientes. De las mujeres, la que tiene más contacto con el depósito es Susana, encargada de los proveedores, con lo cual verifica la mercadería trepada a los camiones junto a su primo. La relación de este hombre con las cinco mujeres "es bárbara", según ellas, aunque admiten que cada tanto va al local enojado y pega cuatro gritos. "Nosotras no decimos nada en el momento –dice protectora y complaciente su hermana–, pero después... sí."

"El depósito no es un sitio atractivo para una mujer –dice Liliana con carita de nena cuando habla de algo feo–. Es sucio, hay que subirse a los camiones, tomar medidas, hace falta fuerza física." "En el depósito una perdería un poco la feminidad –agrega Susana–. Tenés que tratar con los peones y ellos establecen un diálogo distinto con los hombres."

No hay cuarta generación para los Mórtola. Alicia no tiene hijos, y los de Freddy y Susana ya tomaron otros rumbos. Sólo quedan los hijos de Liliana, dos varones de 8 y 3 años; el mayor le anunció hace pocos días que quería ser artista en reciclaje: quizás él invente una reformulación del negocio con el estilo de los 90, como hicieron sus tíos hace treinta años. "Y si no –dicen las primas con aceptación, pero sin tristeza– se cerrará el ciclo."

MANEJAR O DEJARSE LLEVAR

POR MARTA DILLON

Un hombre, salvo que se trate de un intelectual, no duda: maneja. El auto es un objeto que le viene dado junto con su género. Las mujeres, en cambio –y especialmente las de 30 para arriba–, llegan al volante después de un proceso en el que evalúan las bondades de ser ama y señora de la propia ruta, y después de tener quien maneje por ellas.

Es verdad que quedan pocos hombres en estas calles que sin ruborizarse se animen a mandar a una mujer que maneja a lavar los platos. No es menos cierto que ese insulto ya no cala tan hondo como hace dos décadas, y hasta es posible que alguna destinataria de esa afrenta en lugar de ofenderse recuerde con nostalgia las épocas en que lavar los platos era una ocupación omnipresente. Pero nadie en su sano juicio podría negar que entre motores se refugian los últimos cultores de la misoginia. ¿O acaso cambió esa atmósfera de baño de caballeros en los talleres mecánicos? ¿Cuántas de nosotras tuvimos que soportar la sonrisa irónica del chico de la estación de servicio al que pedimos que revise el aire de las gomas? Es más, hasta hay publicidades en las que enfrentando la foto de unas piernas femeninas a la de un camión se reflexiona: "En algunos casos es lindo medir el aceite todos los días, en otros no" ¿Adivinen en qué casos es un placer? Y eso no es todo: cuando un hombre no maneja, seguramente es porque es un intelectual, un transgresor o alguien con el suficiente dinero para tomar taxis aun hasta La Quiaca. Pero si una mujer es la que no maneja esto es simplemente natural, un rasgo más de su género, por lo menos desde la visión de la mitad más uno.

Desde niñas el auto nos es ajeno. Aunque las menores trinen que las cosas ya no son lo que eran, las jugueterías siguen dejando autitos, kartings, camiones de remolque, etc., en la colorida sección dedicada a los varones. En la de nenas, estanterías uniformadas en rosa insoportable, las muñecas y todo el arnés necesario para ser una mujer coqueta-madre hacendosa siguen firmes en su lugar de privilegio. Autos también es posible encontrar, los diseñados para Barbie, esa rubia de medidas imposibles que no hace más que confirmar el arquetipo: un rodado rosa y barrocamente adornado que bien podría confundirse con un pastel.

Para la gran mayoría de las mujeres el volante sigue siendo una isla misteriosa en la que desembarcan sólo las aventureras. Y aun así, teniéndolo entre las manos, con el poder del conocimiento a nuestro favor, y las rutas argentinas a disposición, de pronto se pincha una goma y la independencia que creíamos haber logrado se derrumba frente a la imposibilidad de poner el cricket en su lugar. Por supuesto que hay mujeres que saben cambiar una cubierta y hasta entienden de mecánica –y hombres que temen ensuciarse las manos–, pero las excepciones no hacen más que confirmar la regla.

Hay soluciones prácticas para todo, dirán las que manejan. Como pedir ayuda, algo que las mujeres sabemos hacer. Porque nadie enseña a manejar a una mujer que no lo exija a gritos –o que tenga una madre que maneje y herede a su hija su preciosa habilidad– salvo que desembolse el dinero suficiente para pagarse las clases. La gran mayoría de los varones, en cambio, cumplen los 18 –ahora incluso los 17– con el pie en el acelerador. Y el registro de conductor sigue siendo para ellos un rito iniciático como alguna vez fueron las fiestas de quince para las nenas.

LIBERACIÓN O DEPENDENCIA

"Aprendí a manejar a los 34 años. Me decidí porque quería tener la independencia que me daba un auto. Pero nunca antes me había relacionado con algo que desconociera tanto. Después del curso del ACA y de tres maestros particulares el resultado fue que en esa máquina estaba indefensa, nunca le pude creer ni una palabra al mecánico y de hecho lo que terminó de colmar el vaso fue tener que entrar a las tres de la mañana en una gomería y en minifalda". Blanca Worcel, licenciada en administración de empresas, ya no maneja. Esos cuatro tipos que una madrugada le cobraron cien veces más de lo que debían por un parche pusieron un límite a sus ansias de libertad (automovilística). Ella no es la única que quiso quebrar su dependencia conduciéndose a sí misma sobre cuatro ruedas. El auto mismo es un invento del hombre para ampliar sus límites y desde el principio hubo audaces que vestidas como si fueran a enfrentar al monstruo de las nieves, se subían a los primeros descapotables para viajar a la increíble velocidad de 30 km por hora. Pero claro, la primera *road movie* protagonizada por mujeres, *Thelma y Louise*, es de los noventa. Y el final permite inferir lo que la historia y la literatura ya había expuesto antes: a las audaces, castigo. Miremos si no el trágico final de Isadora Duncan, que después de subirse al auto de su amante –no marido ni pareja– muere ahorcada por su glamoroso echarpe enredado en el eje del Masseratti.

Pero a la liberación femenina nunca la detuvo un castigo. El largo camino recorrido también está sembrado de recompensas. Victoria Ocampo es una prueba. A ella aprender a conducir la liberó de la dependencia de su chofer, que como perfecto representante de su marido podía controlar cada paso de la dama. Victoria fue entrenada en las artes de la conducción por su amante, harto de entrar y salir de Harrod's para burlar la marca del empleado del volante. Y aunque la ciudad a coro le gritara machona, ella calzaba anteojos negros y sombrero para guiar su Ford T rumbo a los brazos de su amor.

Blanca no cree que haber abandonado sus deseos de independencia motriz sea una metáfora de sus debilidades. "Siempre viví sola, me manejé sola y no quiero que me mantengan, pero en el auto quiero un hombre que me lleve. Ahora tengo ganas de volver a manejar, me gusta viajar y mi marido se niega a conducir en rutas. Pero mecánica ya no tiene sentido aprender porque ahora lo tengo a él para que me ayude."

Liliana Barón, de 55, tomó las riendas de su vida cuando se separó de su marido después de 20 años de matrimonio. Salió a buscar trabajo y aprendió a manejar. "La necesidad te enseña. Siempre tuve quien me lleve y me traiga, debo reconocer que es cómodo, pero ya no quiero depender de nadie. Ni siquiera del taxista." Liliana permanece impávida cuando los bocinazos le indican que su velocidad está por debajo de lo recomendado: "Si soportaba que me llevaran a más de cien arañando el tapizado, ahora que decido yo, voy como me gusta". Blanca y Liliana son de las que no quieren que sus hijas pasen por lo que ellas pasaron: "Que aprendan a los quince, como los varones", dicen las dos sin haberse puesto de acuerdo.

CUESTIÓN DE CLASE

"Manejar es poder protegerse, llevarse rápido, dominar..." La ex modelo y actual corredora de TC 2000, Delfina Frers, forma parte de ese grupo privilegiado de mujeres de más de 40 que aprendieron a manejar con la misma naturalidad con que se aprende a andar en bicicleta. Además pertenece a una clase social en la que el auto es un objeto más –y por lo tanto no hay miedo de que se rompa–, jamás pasó las penurias de la clase media para acceder a un rodado que después se cela más que a la pareja. "Aprendí a manejar a los 9 años, en el campo. En mi familia eran todos tuercas, incluso mi mamá. Me sentía muy poderosa entonces, era una enana que controlaba un aparato

enorme." Sin embargo ella, en la ruta, no piensa que frente al volante de otro auto pueda haber otra mujer: "Si uno viene de frente y levanta las luces y me molesta le grito: '¡Salí, tarado!' Nunca en femenino y de hecho en todos estos años en los que me he peleado con muchísimos automovilistas una sola vez me crucé con una mujer y ella casi se mata por querer correr conmigo".

Del otro lado de la moneda, Cristina Forero, 51, que confiesa sin pudores que la erotiza levantar la mano para detener a un hombre a quien puede darle órdenes sin problemas –el taxista–, alude a la clase para explicar por qué nunca se le ocurrió manejar: "Mi mamá no tenía el modelo pequeño burgués, nadar y andar en bicicleta tampoco forman parte de las fronteras de su pensamiento. El auto está asociado al padre y yo siempre estuve del lado de mi vieja, si hubiera adquirido ese saber me hubiera matado. El auto era su objeto de seducción, mi mamá no me dejaba salir sola con mi padre y ahora no puedo distinguir un Fiat azul de un Rambler gris", dice sin notar que el Rambler se dejó de fabricar hace veinte años. "Igual puedo reconocer que el emblema de la mujer moderna es la mujer en auto", se resigna Forero desde el asiento de atrás de un amarillo y negro.

Y sí, la mujer moderna anda en auto. Basta mirar las nuevas publicidades que recién en el último año empezaron a incluir mujeres que desprecian el asiento del acompañante y no quieren el auto sólo para llevar a los chicos al colegio. Claudia Schieffer se anima a chocar para probar la seguridad de un nuevo modelo y la joven pareja propietaria de un carro de lujo lucha a brazo partido por colocarse frente al volante. Encima, la mirada de los niños es implacable y no se les puede enseñar la igualdad entre los géneros si no se hace desde el ejemplo. Así cientos de mujeres aprenden a manejar a la edad en que creemos que ya no es posible hacerlo. Eso sí, jamás con un marido o pareja que encontrará la excusa perfecta para decirnos lo inútiles que somos por no responder a sus mandos cual doberman amaestrado.

MANEJADAS Y MANEJADORAS

Del mismo modo en que las mujeres cargamos con el estigma de la locura también lo hacemos con el de manejadora, pero eso es siempre desde las sombras. Si es una dama la que controla no debe notarse. Históricamente ellas se sientan en el lugar del copiloto y marcan el camino, aunque la experiencia popular diga lo contrario. Alejandra Fenochio tiene 36 años y no se pone colorada cuando dice que una vez, su marido estaba de viaje y ella intentó aprender a manejar porque se sentía algo inútil viendo a su auto herrumbrarse en el garage, "pero cuando él volvió me di cuenta que no quería conducir, lo quería a él y yo quedarme tranquila mientras él me lleva a buen puerto. Qué vamos a hacer, soy una esclava ama de casa", se confiesa.

Raquel Robles tampoco se asomó al mundo del manejo y confiesa que esa habilidad le parece profundamente masculina, tanto que cuando conoce a un hombre, entre las tres primeras preguntas coloca ésta: ¿Sabés manejar? "Las chicas que manejan me producen una suerte de envidia –dice desde sus 27–, no me siento capaz de aprender todo eso que hay que saber para andar en auto, las señas de luces, de tránsito, la velocidad máxima y demás". Pero Raquel no se rinde y como no se anima a las cuatro ruedas piensa seriamente en un ciclomotor, aunque las motos estén menos colonizadas por las damas que los cuatro ruedas. Tal vez por eso desde el extremo de la reacción feminista aparecen las Dikes on bikes, esas chicas que desde la primera vez abren las marchas del orgullo gay haciendo rugir motores de más de 1000 cm3.

Ir más allá de los límites, subirse a un auto y manejar hasta que el paisaje sea sólo la pampa lisa de las rutas argentinas –o hasta que alcance el dinero para combustible– es un placer que las mujeres vamos haciendo nuestro a pesar de los que todavía nos mandan a lavar los platos. Para conseguirlo no sólo hace falta dinero –¿cuántos hombres juntan peso a peso para comprar cualquier cosa que los transporte más rápido que sus dos patitas?– sino también quitarse de encima un siglo de dominio masculino sobre los motores. ¿O fue antes la gallina? Martina se pone de ejemplo: "Primero tuve que aprender a manejar, si podía conducir un auto podía conducir mi vida. Entonces la última noche que peleamos me subí al auto y me fui para siempre".

Manejar o dejarse llevar, ésa parece ser la cuestión a la que el tránsito permanece indiferente. Pero si en nuestra cabeza femenina este dilema se presenta con gravedad shakespeariana es mejor empezar a poner las cosas en su lugar. Un auto es un auto, un artefacto apenas más complejo que un lavarropas –al que jamás se nos ocurriría mirar el motor– que el tiempo y la constancia volvieron propio también para el género femenino. Pero, oh casualidad, justo cuando los tantos empiezan a estar repartidos se estudia desde el poder cómo hacer para restringir su uso –en las últimas dos semanas estas inquietudes aparecieron en cuatro diarios y dos revistas–. Una injusticia que sabremos compensar enseñando a manejar a nuestras hijas menores y regalándoles la colección completa de Matchbox aun antes de quitarles el chupete

ARQUETIPOS

El *futbolero*

POR M. D. Nada más fácil que reconocer a este espécimen. Son esos señores que los domingos a la tarde cargan una portátil en la palma de su mano y la sostienen bien pegadita a la oreja. Su vida entera pende de ese hilo de voz que le trae lo que sucede en alguna cancha, aun cuando no sea el club de sus amores el que corre tras la pelota. Cualquier noticia, cualquier alternativa en ese correr desenfrenado de 22 jugadores es bebida por el futbolero con la avidez con que el desierto se traga a la lluvia. Cíclicamente la televisión los retrata y les pide que opinen –algún partido importante, el superclásico de la semana pasada– y ellos, vestidos como le deben a esa cofradía a la que pertenecen, dedican sus peores obscenidades a la hinchada rival sin notar que con esos sombreros de punta se parecen demasiado al bufón del rey. Aunque lloren como niños abandonados cuando una pelota venció la defensa de su equipo, los futboleros se declaran muy machos. Machos a la vieja usanza, esos que se levantan de la mesa sin amagar siquiera a llevarse con ellos un plato a la pileta. Pero en el fondo son tan frágiles que pueden pasar varios días sin comer por culpa de un penal mal cobrado. A sus hijos los adoctrinan de chiquitos, aun antes de nacer sus vástagos tendrán asegurado un lugar en la tribuna y un equipo completo que vestirán antes de dar el primer paso. Sus aciertos son siempre goles de media cancha y cuando prometen una caricia extra para su mujer le sugieren románticamente relatarle un partidito. Siempre saben más que el director técnico y su conocimiento está a años luz del referí. Por lo menos una vez por semana intentarán ellos mismos ser los protagonistas de la cancha. Los seis días restantes sirven para reponerse de tamaño esfuerzo físico. La nostalgia también es su fuerte y para ellos todo equipo pasado fue mejor. El fútbol les da identidad, amor de hermanos, adrenalina para el domingo y temas de discusión para el lunes. Sólo la vieja se acomoda al lado de la camiseta en el corazón de un futbolero y a ella le deben también los domingos al mediodía. ¿Su mujer? Es la madre de sus hijos. Aunque nunca, nunca cocinará como su vieja.

TALK SHOW
por Moira Soto

De MIMÍ metalúrgico a la defensoría de MUJERES



Los ojos inmensos y extrañamente separados, los pómulos allá arriba, la voz grave han resistido con gallardía el paso del tiempo, si bien han pasado ya 25 años desde que aquella indómita Salomé agitara a Mimí metalúrgico y 12 de la Fulvia requetemillonaria que secuestraba a Michele Placido en una *Noche de verano, con perfil griego, ojos de almendra y aroma de albahaca.* Mariangela Melato ya no está en Cerdeña vestida por Valentino y mordisqueando un dulcísimo queso pecorino de la mano de Lina Wertmüller. Ahora, durante octubre, Mariangela hace una visita todos los lunes a las 22, por Space, como *Defensora de mujeres*, una serie de ortodoxa (que no panfletaria) inspiración feminista. En otras palabras, que tanto los principios del personaje protagónico como los casos que debe encarar en su rol de defensora de oficio, evidencian la clara intención de los autores (Patrizia Fazio y Domenico Matteuci, sobre novela de Tina Lagostena Bassi) y realizadores (Andrea y Antonio Frazzi) de contribuir a superar prejuicios, desigualdades y toda forma de violencia contra las mujeres. Ahí está, entonces, la milanesa Melato, tratando de resolver una serie de casos en Roma, al tiempo que atiende los problemas de su hijo adolescente o trata de resistirse a un romance incipiente. En capítulos anteriores, la doctora Irene Salvi acusó de mala praxis a un reputado ginecólogo que dejó estéril injustificadamente a una mujer; en el siguiente descubrió que en el supuesto secuestro de una niña de doce años estaba comprometido el propio padre que la prostituía para pagar un favor; luego, la abogada defendió a una mujer golpeada, esposa de un prestigioso profesor, quien a su vez contrató al padre de la doctora Salvi (ex golpeador al que su hija no ha perdonado) para que lo defienda. Siempre, nuestra Mariangela-Irene, de apropiado traje sastre, cuore solidario y olfato de sabueso, sale a la búsqueda de los culpables.